

221



popular
film
30
cts

AUREY

Señor Empresario:

Quedan siete meses de temporada.
Si se da usted por satisfecho con
dos éxitos mensuales, anote:

Enero . . .	SOMBRAS DE GLORIA y PRISIONEROS DE LA MONTAÑA
Febrero . . .	ASÍ ES LA VIDA y A TRAVÉS DEL CONGO
Marzo . . .	CINÓPOLIS y CUANDO ÉRAMOS DOS
Abril . . .	LOS DOS MUNDOS y EL VALS DE MODA
Mayo . . .	LA CANCIÓN DE LAS NACIONES y NOCHE DE PRÍNCIPES
Junio . . .	PARÍS SE DIVIERTE y LA MELODÍA DEL MUNDO
Julio . . .	EL REY DE PARÍS y PREMIO DE BELLEZA

Son las **14** superproducciones sonoras más importantes que de momento puede ofrecerle el Programa Gaumont, cuyas cintas siempre han llenado sus locales.

—Lo más raro es que no parece sentir el perance; se diría que piensa que cuando el duque Negro se habrá desdoblado quizá sea mejor estar con nosotros que con él.

Tal observación me indujo a esperar el concurso de Juan. Di orden de que lo trajeran a mi presencia.

Sapt lo introdujo.

El desgraciado tenía inclinada la cabeza y echaba miradas asustadas en torno.

Verdad es que, advertidos por el golpe tracionero de Ruperto, no teníamos un modo muy agradable de recibir a las gentes de quien se podía desconhar.

Sapt, revólver en mano, vigilaba el prisionero. Para mayor seguridad, éste llevaba esposas; pero yo mandé que se las quitaran.

Es inútil mencionar todas las promesas y salvoconductos con que le deslumbramos y que cumplimos, pues ahora vive desahogadamente. Pudimos confiar en él por que advertimos que era un muchacho antes débil que malo. Y que si se metió en aquella trapatista se debía más a imposición de su hermano y a temor del duque, que a simpatía por la causa de éste. Pero todos los conjurados estaban convencidos de su lealtad y conocía sus planes y secretos.

He aquí lo que nos dijo:

—En los cimientos del castillo hay dos calabozos pequeños, excavados en la peña, a los cuales se baja por algunos escalones situados al final del puente levadizo. Uno de ellos carece de ventana. El otro tiene una que da al foso. En el primero, de noche y de día, tres de los Seis están de guardia. Por orden del duque Miguel, en caso de ataque, deben defender la puerta cuanto les sea posible. Cuando la puerta fuese forzada, Hentzau o Detchar, pues siempre está presente uno de los dos, dejando a sus compañeros que defiendan el paso, deben entrar en el segundo calabozo y matar al Rey, que está encerrado allí y

—Un apretón de manos? — dijo.

Me incliné, haciendo lo que él había previsto, es decir, poniendo ambas manos a la espalda.

Entonces, con la rapidez del rayo, empuñó con la izquierda un corto puñal y me hirió. Sentí la punta de la hoja en el hombro izquierdo. Sin un movimiento instintivo que hice y que me salvó, recibía la puñalada en el corazón. Vacíe lanzando un grito. Él, sin tocar el estribo, se lanzó sobre el caballo y partió como una flecha, persiguiendo por gritos y disparos, tan inútiles unos como otros. Sangraba mi herida; me desplomé en mi sillón y desde allí vi a aquel hijo del diablo desaparecer. Mis amigos me rodeaban. Les veía confusamente como a través de una nube. Me desmayé.

Cuando recobré por completo el sentido, Fritz estaba a mi lado. Yo me hallaba muy cansado y muy débil.

Al día siguiente Juan, el guardabosque del duque, cayó en la trampa que le tendiera y fue traído a la quinta. Fritz me dijo:

E L P R I S I O N E R O D E Z E N D A

A N T H O N Y H O P E

—Sí. Mientras monseñor Hentzau nos explicaba a mi hermano y a mí cómo teníamos que poner el tubo, el Rey le preguntó para qué debía servir.

—Señor — es una nueva invención, un perfeccionamiento de la escala de Jacob, por la cual los hombres — como Vuestra Majestad sabe — pasan de este mundo al otro. Hemos pensado que en el caso de que Vuestra Majestad tuviera que hacer tal viaje, no era decente que lo emprendiera por el camino de los simples mortales. Hemos preparado un camino cubierto, reservado, por el que podrá Vuestra Majestad pasar tranquilamente al abrigo de las miradas indiscretas de la muchedumbre. Para eso sirve este tubo, Señor.

Luego, riendo aún e inclinándose profundamente, añadió, dirigiéndose al Rey, que estaba ceñando:

—¿Quiere Vuestra Majestad permitirme que le llene la copa?

Aun cuando el Rey es muy bravo, como todos los de su raza, se puso encendido primeramente y luego, muy pálido, y examinaba alternativamente el tubo y el diabólico tunante que se burlaba de él.

«Le aseguro — continuó Juan estremeciéndose — que no es posible dormir tranquilo en Zenda. Hay allí una pandilla para quien cortar la cabeza a un hombre les parece cosa tan natural como beberse un vaso de agua. Y por lo que hace a monseñor Ruperto, creo que no hay cosa que le agrade más.

Cuando Juan terminó su relato, rogué a Fritz que le pusiese a buen recaudo. En el momento de salir le dije:

—Si alguien de aquí te pregunta si hay un preso en el castillo de Zenda, di que sí; pero cuidado con decir quién es. Todas las seguridades que te hemos dado no te salvarían si hablabas. Ten cuidado y piensa que mandarías matarte como a un perro si dejas traslucir algo de lo que importa callar.

Cuando hubo salido miré a Sapt.

—Vete — grite —, si aprecias el pellejo!

—¡Vete — grite —, si aprecias el pellejo!

Entonces ocurrió la cosa más audaz que he visto en mi vida.

Mis amigos estaban apenas veinte o veinticinco metros.

Ruperto indicó al groom que le acercara su caballo, le dio una moneda y lo despidió. Él estaba junto a su montura. Yo de pie a su lado sin sospechar lo más mínimo. Ruperto pareció que iba a montar; luego, de súbito, volviéndose hacia mí, con la mano izquierda en la cintura, me alargó la diestra.

—¿Un apretón de manos? — dijo.

Me incliné, haciendo lo que él había previsto, es decir, poniendo ambas manos a la espalda.

Entonces, con la rapidez del rayo, empuñó con la izquierda un corto puñal y me hirió. Sentí la punta de la hoja en el hombro izquierdo. Sin un movimiento instintivo que hice y que me salvó, recibía la puñalada en el corazón. Vacíe lanzando un grito. Él, sin tocar el estribo, se lanzó sobre el caballo y partió como una flecha, persiguiendo por gritos y disparos, tan inútiles unos como otros. Sangraba mi herida; me desplomé en mi sillón y desde allí vi a aquel hijo del diablo desaparecer. Mis amigos me rodeaban. Les veía confusamente como a través de una nube. Me desmayé.

Cuando recobré por completo el sentido, Fritz estaba a mi lado. Yo me hallaba muy cansado y muy débil.

Al día siguiente Juan, el guardabosque del duque, cayó en la trampa que le tendiera y fue traído a la quinta. Fritz me dijo:

—Vete — grite —, si aprecias el pellejo!

Entonces ocurrió la cosa más audaz que he visto en mi vida.

Mis amigos estaban apenas veinte o veinticinco metros.

Ruperto indicó al groom que le acercara su caballo, le dio una moneda y lo despidió. Él estaba junto a su montura. Yo de pie a su lado sin sospechar lo más mínimo. Ruperto pareció que iba a montar; luego, de súbito, volviéndose hacia mí, con la mano izquierda en la cintura, me alargó la diestra.

—¿Un apretón de manos? — dijo.

Me incliné, haciendo lo que él había previsto, es decir, poniendo ambas manos a la espalda.

Entonces, con la rapidez del rayo, empuñó con la izquierda un corto puñal y me hirió. Sentí la punta de la hoja en el hombro izquierdo. Sin un movimiento instintivo que hice y que me salvó, recibía la puñalada en el corazón. Vacíe lanzando un grito. Él, sin tocar el estribo, se lanzó sobre el caballo y partió como una flecha, persiguiendo por gritos y disparos, tan inútiles unos como otros. Sangraba mi herida; me desplomé en mi sillón y desde allí vi a aquel hijo del diablo desaparecer. Mis amigos me rodeaban. Les veía confusamente como a través de una nube. Me desmayé.

Cuando recobré por completo el sentido, Fritz estaba a mi lado. Yo me hallaba muy cansado y muy débil.

Al día siguiente Juan, el guardabosque del duque, cayó en la trampa que le tendiera y fue traído a la quinta. Fritz me dijo:

E L P R I S I O N E R O D E Z E N D A

E L P R I S I O N E R O D E Z E N D A

—No es prudente ni posible ir y venir por estos sitios sin buena escolta. ¿Conocéis a Bernenstein, un muchacho joven y apuesto, uno de nuestros mejores compañeros?

Claro está que le conocía. Era un buen jinete, un mozo alto y robusto como yo y con el pelo rubio.

—Pues bien; está acostado con una bala en el brazo.

—¿Ira de Dios!

—Después de comer salió a dar una vuelta por el bosque; pero cuidando de no alejarse demasiado. De pronto, vió a tres hombres entre unas matas. Uno disparó. Como él iba sin armas volvió hacia la quinta. Un segundo disparo le hirió en el brazo. Le costó gran trabajo llegar hasta aquí y se desmayó al estar en la quinta. Menos mal que no se atrevieron a perseguirle.

Sapt calló, y añadió luego:

—Amigo mío, esa bala le estaba destinada.

—Sin duda. Miguel rompe las hostilidades.

—Me gustaría saber quién eran esos tres individuos — dijo Fritz.

—No crea usted, Sapt, que hemos perdido esta noche el tiempo; voy a contarle lo que hice. Pero, ¡vive Dios! — exclamé interrumpiéndome...

—¿Qué? — inquirió Sapt.

—Pienso que sería reconocer muy mal la hospitalidad de Ruritania si, antes de partir, no la libraba de esos Seis. Confío en que no quedará uno con vida.

Sapt aprobó con un movimiento de cabeza.

CAPÍTULO XIII

LA ESCALA DE JACOB

Al día siguiente de jurar la pérdida de los Seis, di, por la mañana, algunas órdenes, después de lo cual descansaba más contento y tranquilo que lo estuviera en mucho

—Favor le hizo el cielo.
 Masculló una maldición.
 —¿De qué mensaje es usted portador?
 Hablándole de su madre le había herido en lo vivo, pues todo el mundo sabía que la pobre mujer murió de pena, acabada por los disgustos que el miserable le daba. Durante unos instantes permaneció turbado y perdió su insolencia.
 —El duque es más generoso que lo sería yo — dijo en tono rudo—. Yo propuse reservar a Vuestra Majestad una buena cuerda para el cuello; el duque le ofrece un salvo-conducto hasta la frontera y un millón de coronas.
 —Si me viese obligado a escoger, preferiría la cuerda.
 —¿Rechusa?
 —En redondo.
 —Bien dije a Miguel que rehusaría.
 Y el tunante, satisfecho, me dirigió su mas amable sonrisa.
 —Lo cierto es — dicho sea entre nosotros — que Miguel no sabe lo que es un hidalgo.
 Me eché a reír.
 —¿Usted?
 —Yo lo sé. Bien. Optemos, pues, por la cuerda.
 —Siento tan sólo que no vivirá usted bastante para ver cuando me ahorquen.
 —Vuestra Majestad me hace el honor de proveerme carne?
 —De momento, no... Siento que no tenga usted unos años más.
 —¡Bah! Dios es quien da los años; pero es el diablo quien da la fuerza—dijo riendo.
 —¿Cómo está su prisionero? — pregunté.
 —¿El?...
 —Su prisionero.
 —¡Ah! sí, olvidaba su orden, Señor. Pues bien: aún vive.

E L P R I S I O N E R O D E Z E N D A

A N T H O N Y H O P E

tiempo. Estaba en plena acción, y ésta si no cura el amor, amortigua por lo menos su tormento. Sapt, que se ponía nervioso, se asombró de encontrarme repantigado en un sillón, tomando el sol, escuchando a uno de mis amigos que con voz melodiosa cantaba una romanza de amor que me producía suave melancolía. Tales eran nuestras ocupaciones, cuando compareció Ruperto Hentzau.
 El bergante no temía a Dios ni al diablo; acababa de atravesar toda nuestra propiedad tan tranquilamente como si galopara por el parque de Strelsau. Se acercó al punto donde estábamos reunidos y saludándome con afectado respeto, me rogó que le oyera a solas. Llevaba un mensaje del duque. Con un ademán indiqué a los de mi séquito que se retiraran, y se sentó junto a mí.
 —Parece que el Rey está enamorado.
 —En todo caso será de la vida.
 —Tanto mejor. Puesto que estamos solos, hablemos en serio, Rassendyll.
 Me incorporé vivamente en mi sillón.
 —¿Qué hay? — interrogó.
 —Iba a llamar a uno de mis gentileshombres para decirle que le llevara su caballo. Si ignora usted cómo debe hablarse al Rey, rogaré a mi hermano que escoja otro embajador.
 —¿Qué necesidad hay de prolongar esta comedia? — replicó.
 —Es que todavía no llegamos al desenlace, y, entre tanto, pretendo llevar el nombre que me place.
 —Como usted quiera. Lo que decía era en su propio interés, pues es usted un hombre como a mí me gustan.
 —A fe mía, caballero, si le gustan a usted los hombres que no han faltado nunca a su palabra de honor, ni engañado a ninguna mujer, tanto mejor.
 Me dió una mala mirada.
 —¿Vive aún su madre?
 —No; ha muerto.

atado con finas cadenas de acero. Así, pues, antes de forzar la primera puerta el Rey habría muerto.
 —¿V qué cuentan hacer del cadáver? Muerto, es tan comprometedor el Rey como vivo.
 —El duque ha pensado en todo— declaró Juan—. La reja del calabozo puede girar sobre sus goznes. Cuando el Rey haya muerto, su asesino abrirá la reja y por su hueco echará el cadáver al río, con una gran piedra colgada al cuello, para que se hunda.
 Entonces el asesino gritará: «Todo va bien», para que lo oigan sus compañeros y se lanzará al río. Los otros dos, si sus enemigos se lo permiten, le seguirán y así podrán salvarse, si no combatirán hasta que se les socorra o hasta morir o rendirse. Este es el plan de Su Señoría el duque para desembarazarse del Rey en caso necesario. Pero no se debe recurrir a él sino en último extremo, pues todos comprenden que el duque no tiene el menor interés en matar al Rey en tanto que usted viva. Le he dicho la verdad; Dios me es testigo de ello. Le suplico que me salve de la venganza del duque Miguel. Si después de lo que he dicho cada en sus manos, sólo podría implorar una gracia, que de fijo no obtendría: la de morir pronto...
 Parecía sincero. Su relato no era muy claro en algunos puntos; pero nuestras preguntas lo aclararon. Lo que nos contó, y que dejó consignado, se refería a un ataque a mano armada. Pero si había indicios de que se levantaría un verdadero ejército para atacar el castillo, una fuerza armada como yo, el Rey, por ejemplo, podía movilizar, se abandonaría toda idea de resistencia y el prisionero de Zenda iría al fondo del río. Y uno de los Seis le substituiría en el calabozo, combinación diabólica que debía servir para librar al duque de toda responsabilidad.
 Miguel, llamado a declarar, confesaría que obró con precipitación, sin reflexionar. Concedería que incurrió en culpa; pero el que estaba ahorrado en el calabozo, le había entrecorrido haciendo la corte a una dama que había

A N T H O N Y H O P E

E L P R I S I O N E R O D E Z E N D A

en el castillo y que no era otra que Antonieta Maubán. Si lo había encerrado en aquel calabozo usando y quizá abusando del derecho que creía tener como señor de Zenda, fué a causa de la osadía del preso. Pero estaba dispuesto a aceptar sus excusas y a devolverle la libertad, desvirtuando así los rumores que habían circulado acerca de un preso retenido en el castillo de Zenda, rumores que le habían valido la visita de Su Majestad. Entonces se retirarían y el duque no sería, no podría ser castigado.
 Sapt, Fritz y yo, que aun estaba en cama, nos miramos, confundidos por tanta maldad unida a tanta astucia.
 Tanto si abrigaba yo intenciones pacíficas como guerreras, lo mismo si me presentaba al frente de un ejército como si daba un ataque brusco, el Rey moriría antes que pudiera libertarlo. En caso de que Miguel fuera el más fuerte y quedásemos vencidos, habría una solución; pero si era yo el vencedor no tenía medio de castigarlo ni de probar su crimen sin probar el mío al propio tiempo. Por otra parte, conservaba la corona y el porvenir diría en definitiva quién de los dos debía triunfar. Para Miguel mi victoria no le dejaba en peor situación que antes, pues entre él y el trono sólo había un hombre, y ese hombre era un impostor. Y si todo salía a su gusto, no quedaría ningún adversario ante él. Al principio creía que el duque Negro dejaba a sus amigos el cuidado de batirse; pero veía claro que él mismo era la cabeza, ya que no el brazo, de la conspiración.
 Juan añadió un detalle horrible, que demostraba hasta qué punto se había calculado todo para borrar toda huella del crimen. A fin de que no pudiera ver nadie cómo se arrojaba el cadáver al río, Juan y su hermano, por orden de Ruperto de Hentzau, habían colocado en la ventana del calabozo un tubo enorme de tierra cocida que llegaba hasta la superficie del agua. Abriendo la reja y empujando el cadáver, se lo tragaría la corriente.
 —¿El Rey sabe la suerte que le está reservada?

Gerente: Jaime Olivet Vives

Director técnico y Administrador: S. Torres Benet

Director literario: Mateo Santos

Redacción y Administración: Paris, 134 y Villarroel, 186 - Teléfono 72513 - BARCELONA

Redactor jefe: Enrique Vidal
Director musical: Maestro G. Faura

15 DE ENERO DE 1931

Delegado en Madrid: Luis Gómez Mesa
María de Molina, 92

CONCESIONARIO EXCLUSIVO PARA LA VENTA EN ESPAÑA Y AMÉRICA:
Sociedad General Española de Librería, Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A. + Barbrá, 16, Barcelona : Ferraz, 21, Madrid : Primo de Rivera, 20, Irún
Plaza de Mirasol, 2, Valencia : San Pedro Mártir, 13, Sevilla

..... "Servicio de suscripciones": Librería Francesa - Rambla del Centro, 8 y 10, Barcelona

LA POLÍTICA Y EL "CINE"

DOS ESCÁNDALOS EN BERLÍN

BUENO, no vaya a creerse ahora, leyendo el epígrafe, que los escándalos han sido armados por mí! ¡Yo no voy «armado» escándalos ni «guerra»! ¡Yo voy... tirando o viviendo, que ya es bastante! Los escándalos han sido provocados por los políticos de distintos partidos. Y esa táctica idiota de los partidos de generalizarse acabará por partir por el eje a los industriales del celuloide en Alemania. He aquí el origen de los dos escándalos:

Se estrenó hace cosa de un mes, en el Mozartsaal de Berlín, la película americana de la Universal «Im Westen nichts neues», («Sin novedad en el frente»), magnífica cinta de un realismo emocionante que muestra los alemanes en la guerra mundial—no tal como se la imaginan los mocuoselos imberbes o los adultos que permanecieron en sus casas o en las oficinas, sino tal como la vivieron los que arriesgaban sus vidas en las trincheras. Ahora bien, pretextando que la cinta ofende a las tropas alemanas haciendo ver su cobardía en las trincheras y ridiculizando a los oficiales (cuando nada de ello hay en realidad, sino bien al contrario), el partido nacional socialista lanzó un llamamiento a sus miembros para que fueran a protestar al cine. ¡Y allá fueron como borreguitos unos cientos de escolares y de desgraciados sin trabajo a silbar y a chillar contra la cinta. Arrojaron al patio de butacas bombas malolientes, ratones y pequeñas e inofensivas serpientes, sembrando el pánico entre el público. En la plaza se congregaron también los manifestantes, silbando al público que salía del cine. Tomó medidas la policía para proteger el cine, pero los escándalos se repitieron a diario, *in crescendo*. Desde las ventanas de mi casa veía yo a los manifestantes—pues el cine se halla vecino a mi domicilio—y me preguntaba: «¿Cómo dejan las mamás salir de noche a esos mocuosos?» Porque, como siempre, los que más ruido armaban eran los mozalbetes; esto es, los que ni habían visto la cinta, ni podían juz-

garla, ni han conocido la guerra. La película continuó dándose durante unos días, para lo cual la policía sitiaba la Nollendorfplatz y todas las calles adyacentes, no dejando pasar más que aquellos que llevaban la entrada en el bolsillo. Mientras tanto se convocó de nuevo a la alta censura, y en sesión extraordinaria tomó el acuerdo más injusto que imaginarse pueda, prohibiendo en toda Alemania la proyección de esta cinta que la misma censura había autorizado con entusiasmo. (La cinta se proyectaba en lengua alemana, hábilmente sincronizada en Berlín.) Así, por prime-

ra vez en la historia de la cinematografía, la censura ha dado satisfacción a un puñado de descontentos politicastro prohibiendo una cinta de verdadero valor artístico a fin de evitar las protestas de un puñado de chucuelos. Esto ha dado lugar a que todas las organizaciones de antiguos combatientes (los que tienen exclusivamente el derecho de apoyar o censurar la cinta, *pues ellos han hecho la guerra de verdad*) se hayan congregado y organizado asambleas de protesta contra la censura, exigiendo se quite el veto a la cinta inmediatamente para que toda Alemania pueda saborear esta obra de arte, este documento real. Por el momento no se sabe todavía lo que ocurrirá.

Hace quince días se estrenó en el Ufa-Palast am Zoo la magnífica producción de la Ufa «Das Flötenkonzert von Sanssouci» («El concierto de flauta de Sanssouci»), película hablada histórica en la que aparece *Fridericus Rex* (el célebre rey Federico el Grande). ¡Y la ocasión no era para desperdiciar! Los elementos de izquierda invadieron el cine y desencadenaron una protesta ruidosa, tomando como pretexto una escena de persecución a caballo muy mal dirigida, hay que confesarlo, por el «*metteur en scène*» Ucky, aunque todo el resto de la cinta es admirable. ¡Y acto continuo se pidió la prohibición de esta cinta patriótica! Pero la cosa no ha ido más lejos, y la cinta sigue proyectándose a diario y a llenos continuos. Esta protesta ha sido más una especie de contraprotesta por lo de «Sin novedad en el frente» que otra cosa.

Y los cinematografistas alemanes se preguntan, ansiosos, si va a llegar el caso de someter sus argumentos a la censura de todos los partidos políticos alemanes para que éstos autoricen, cada uno de por sí y a la unanimidad la ejecución y estreno de la cinta. ¡Vaya con los politicastro!

ARMAND GUERRA

Berlín, enero 1931

Nuestra Portada

Nuestra portada se adorna esta semana con el retrato de una mujer bella y gentil que aunque italiana de origen, se halla incorporada al cinema hablado en español.

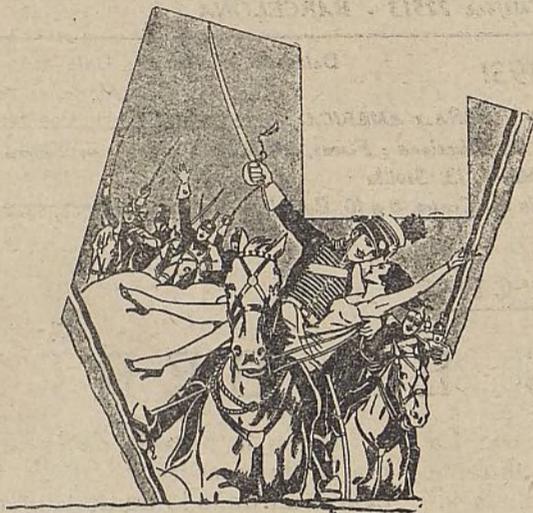
Esta linda mujer es Mona Maris, "estrella" de la producción hispanoparlante de la Fox y "partenaire" de José Mogica en todas las películas que este actor lleva realizadas, como "El precio de un beso", y ahora "Ladrón de amor", su más reciente éxito, puesto que creemos que dicha película permanecerá aún en el cartel del Capitol a la salida de este número, aunque ya hace días que se estrenó.

En la contraportada figura el retrato de un actor español de alto prestigio: Ernesto Vilches, en su caracterización, magnífica, de "Wu-Li-Chang", de la Metro-Goldwyn-Mayer.

HOY Y TODOS LOS DÍAS
GRAN ÉXITO EN EL

TÍVOLI

La Novia del Regimiento



La mejor opereta del año
Totalmente en colores

Creación de la deliciosa **VIVIENNE SEGAL**
Dirección: **JOHN FRANCIS DILLON**

Es una producción
de la **FIRST NATIONAL**

CONTROL CINAES



SALES **LITÍNICAS DALMAU**

EFERVESCENTES
PRODUCTO NACIONAL



¡¡POR FIN!! ENCONTRÉ LAS MEJORES
Y MÁS ECONÓMICAS

Para combatir la **Gota, Reumatismo, Artritis,**
Estreñimiento, Enfermedades del Estómago,
Hígado, Riñones, Vejiga, Hiperclorhidria, etc., etc.

SE EXPENDEN EN:

VASOS cristal de 12 paquetes y **CAJAS** metálicas de 15 paquetes
para preparar 12 litros || para preparar 15 litros
de la mejor y más económica **agua mineral de mesa**

Depositarios exclusivos:

Establecimientos **DALMAU OLIVERES, S. A.** - PRINCESA n.º 1
BARCELONA

Relato esquemático de "Horizontes nuevos"

por RAOUL WALSH

(Continuación)

del Sur. Excepto los Blackfeet cuyos tepees (tiendas de campaña indias) están plantadas muy al Norte, los Arapahoes, Cheyennes, Crows y Shoshones son responsables de todos los crímenes cometidos durante 25 años y cuyo recuerdo infunde horror aún en la actualidad.

Mis primeras negociaciones fueron con los Crows. Su Agencia está en Lodge Grass, Montana. Expusimos nuestras pretensiones al agente que con ceremonia nos presentó al capitán de los Crows, Plenty Cooes. Por medio de un intérprete le hicimos comprender lo que deseábamos. Plenty Cooes nos dijo que él no era jefe absoluto y que tenía que reunir al consejo de su tribu para tomar una determinación.

El consejo se reunió y estuvo deliberando varios días mientras nos ocupábamos de otros asuntos referentes al film. Por último, Plenty Cooes nos

trajo la noticia de que no podían aceptar la oferta, pues no querían abandonar su campamento. El intérprete disertó con él largamente a fin de vencerle, pero sólo logró que se reuniese de nuevo el consejo, al fin del cual Plenty Cooes dijo que, aunque no deseaban abandonar su campamento, habían decidido seguirnos, pero que si demostrábamos, bajo cualquier aspecto, ser unos amigos falsos o traidores, nos abandonarían en el acto.

Les prometí darles buena comida, buen trato y buena paga. Aprobaron esto con notoria satisfacción, pero otra vez se reunieron en consejo y se hicieron otras demandas.

—«¿Qué desean más? — pregunté ya con desesperación—. Decidles que no les puedo dar más dinero del prometido.»

—«No quieren más dinero — me respondieron — demandan otras muchas cosas.»

Me explicaron que deseaban que nos cuidásemos del transporte de sus

tepees, que les hiciésemos la promesa formal de que les daríamos carne en abundancia y, sobre todo, mucho té y café.

Asentimos a estas demandas y partimos. Los Arapahoes nos exigieron, además, varias latas diarias de frutas en conserva. Todos mostraban miedo a pasar hambre a nuestro lado.

De regreso a Hollywood empezó nuestro verdadero trabajo. No queríamos solamente indios para exhibirlos como muñecos. Necesitábamos indios «amaestrados» — si se nos permite la expresión — que supiesen dar caza a los búfalos, montar a pelo en galope tendido, indios, en fin, de 1830, no de nuestro siglo.

Los Cheyennes llevaban con ellos a su médico Joe. En las tribus se encontraban los nombres más pintorescos y divertidos: Jay Rabo Amarillo, Ray Estate Callado, Gladys Caballo Manchado, Charles Hombre Sentado, Lauren-

ce Pajaro Volador, Joe Pequeño Zorro, etc.

Independencia era el lugar más romántico y bello de Estados Unidos allá por los años 1830-1852. Tres mil quinientos exploradores y colonizadores pasaron por allí, construyendo sus hogares y formando una pintoresca ciudad.

Fué imposible obtener datos detallados de la construcción y aspecto de Independencia. Las descripciones que se encontraban eran contradictorias y se hacía difícil tener una idea concreta de lo que había sido la población. Sin embargo, era preciso construir la ciudad.

Miles, el director artístico — uno de los genios de Hollywood — estudió todos los datos que pudieron obtenerse y, reemplazando con la imaginación los detalles que no se encontraron, construyó la ciudad.

En una fecha determinada de la última prima-

vera, la localidad escogida en Yuma, Arizona, era una gran llanura cruzada por el río y cubierta por una selva de sauces. Estaba a muchas millas de Yuma y apartado de todo camino practicable. Difícilmente se hubiera encontrado un lugar más lejano y desolado que aquél pero era lo que yo buscaba porque en aquel punto el Colorado tenía una apariencia aproximada a la que el Missouri tenía en Independencia en 1830.

Los técnicos, con sus largos palos, recorrieron el terreno y empezaron a trabajar. Diez días después, la compañía salió en un tren especial para Yuma.

Y se encontraron ya con la ciudad levantada. ¡Era el mayor escenario que se ha construido para un film! Más de cuarenta edificios, descascarados y viejos, con toda la apariencia de vetustez exigida por el realismo, y con todos los detalles requeridos. Cada uno de ellos se alzaba con propiedad exhibiendo sus principales características. La herrería, ennegrecida y sucia, mostraba su fragua vieja de sistema primitivo y centenares de herraduras pendían de sus paredes. El mercado estaba lleno de pieles curtidas y sin curtir. Había una posada, que fué utilizada como guardarropa de toda la compañía mientras permanecimos en la localidad. Otro de los edificios se utilizó para hospital, instalando en él todo cuanto exige la medicina moderna.

Se construyeron corrales en los que se congregaron 1.700 cabezas de ganado. Algunos de los animales se trajeron desde el lejano Idaho.

Se instaló un sistema hidráulico que suministraba cientos de galones de agua por minuto.

Doscientos vagones, aproximadamente, se pusieron en movimiento para

(Continuará)



Una postal cada ocho días

Reiteración de signos

UN fervoroso cineasta hispánico—espontáneo comunicante le-ridano—nos expone—con una ingenuidad candorosa—su deseo de trabajar en el cine. Su ignorancia le hace ofrecernos unas fotografías si le prometemos el «estrellato», y su incultura le lleva por otra parte a comunicarnos todo esto en una carta, por cuya redacción y ortografía adivinamos un analfabeto auténtico.

En la historia del periodismo cinematográfico, este hecho se repite con una frecuencia lamentable. Ello sólo nos demuestra la escasa cultura de ciertas juventudes españolas, y nos expone el acuse de recibo de las «gacelillas recomendadas» de las productoras de films y de esas crónicas babeadas por la pluma de los escritores frívolos del cine.

De todas formas, si nuestros comunicantes no fuesen españoles les instaríamos a que se pusiesen en camino inmediatamente. Y si fuesen franceses, alemanes, norteamericanos o chilenos, les garantizaríamos su éxito. Todo joven, menos el joven español, puede permitirse el lujo de aspirar a una cumbre cinematográfica, con la seguridad de encontrar un apoyo, una base, alguien que le instigue, le oriente y le aconseje. En cambio, en nuestros jóvenes, es imperdonable e inaconsejable este deseo. No solamente por su escasa preparación cultural o por su indisciplina, sino por evitar también la hostilidad con que va a ser recibido.

* * *

A nuestro alcance tenemos varios ejemplos—basados en otras tantas experiencias sufridas por artistas españoles en París—que ofrecemos fortuitamente a nuestros comunicantes espontáneos. No queremos, sin embargo, enumerar una gran lista, y nos detenemos solamente en los estudios Paramount, de Joinville, que parece ser han ofrecido—equivocadamente—a los espectadores españoles la sugestión y el atractivo de un Hollywood nacional.

A su llegada a la puerta de los estudios, un portero ruso preguntará a usted si es español. En el caso afirmativo, procurará por todos los medios que no franquee el umbral. Si lo consigue, un botones negro le acompañará—de muy mala gana—hasta un conserje francés. Este le hará escribir su nombre en una cartulina y le conducirá hasta un jefe de contratación italiano. Le hará un examen físico y artístico y después una señorita chilena controlará su idioma y negará o afirmará la pureza de su español, según el gesto que haga usted al ser examinado por quien, desde un principio, debiera comenzar por aprender. Más tarde le inspeccionará el «regisseur» general—francés o yanqui—, y si es muy alto lo que usted pide, posteriormente un norteamericano le dará el «visto bueno». Finalmente, y en el caso de que haya vencido todas estas dificultades, le dirigirá un «metteur en scène» alemán, asistido por un chileno, o un director chileno, ayudado por un asistente argentino.

* * *

En todo este trayecto—verdadero record de obstáculos—no tropezará usted con una mano amiga ni con un solo gesto que le aliente. Siempre que se trate de cosas de cine, el español tendrá que luchar aisladamente contra toda una colectividad extranjera que se amurallará a su paso. En nuestras filas cinematográficas no hay un valor aislado, un sólo prestigio que ayude a sus compatriotas en su ascensión penosa hacia un lugar astral. Y este aislamiento es todavía más duro si se tiene en cuenta ese signo incolectivo de lo español que hace mirar con un poco de desprecio al que permanece dos dedos por debajo. Si fuese necesario, en los mismos estudios que mencionamos antes también encontraríamos algún ejemplo.

JUAN PIQUERAS

París, enero de 1931.

N. de R.—No estamos absolutamente conformes con las opiniones expuestas por nuestro estimado e inteligente corresponsal Juan Piqueras en esta postal. El que trabajen en los estudios de Joinville más de una docena de artistas españoles, desmiente en parte sus afirmaciones. Sin embargo, respetuosos con la opinión de cuantos colaboran en POPULAR FILM y tienen una solvencia literaria, no hemos querido tachar, y menos enmendar, ninguna de las palabras de nuestro compañero, dejándole a él entera la responsabilidad de las mismas.

PLANOS DE MADRID

Todos los empresarios...

ANTES, a ninguno le interesaba esto.

En cambio, ahora les preocupa a todos.

Todos los empresarios rivalizan en esto.

«Esto» es la propaganda, el reclamo.

Es preciso llamar la atención de las gentes, atraer al público sea como sea—se dicen con tardío convencimiento.

Y no se les ocurre otra cosa que esperar que se estrene alguna película de gran fama y dejar, permitir tranquilamente que sus concesionarios les impongan a un especializado en la distribución de los anuncios, siempre rutinario y sin originalidad. Cuando lo acertado sería tener a un empleado fijo, dedicado exclusivamente a inventar trucos publicitarios.

Y creemos es una equivocación acudir, por mala y arraigada costumbre, invariablemente a un extranjero, que llega con aire de profesor en la materia y resulta que cualquier aprendiz de aquí posee competencia sobrada para darle más de una lección.

Por lo general, la campaña de propaganda de los mejores films viene ya hecha. Es un plan que sólo necesita para su ejecución una voz de mando.

Pero eso no explica ni justifica la pasividad e indiferencia de nuestros empresarios en la cuestión.

Les interesa, sí, y les preocupa que se efectúe un extenso reclamo.

Y la importancia que conceden al tema no pasa de allí. Se estancan en ese punto.

No entran en su intensidad y calidad.

Y lo atinado es adentrarse en su examen.

Si meditan un instante, comprenderán la conveniencia de verificar la propaganda con arreglo a los gustos y características de nuestros espectadores y no conforme al tipo yanqui o alemán, como principales ejemplos.

De esa manera se evitarían muchos chascos y sorpresas.

Porque considerar iguales en sensibilidad y preferencias a todos los públicos, indica que se ignora la realidad.

De ahí que por culpa de una propaganda desorientada y desorientadora fracasen entre nosotros cimas victoriosas en otros países.

Nuestros empresarios no deben olvidar esa verdad; hoy, precisamente que aparecen en sus presupuestos de gastos una considerable cantidad para anuncios.

Elijan las más prácticas fórmulas publicitarias de los técnicos del reclamo, yanquis o alemanes, pero que no sean éstos quienes las apliquen, sino españoles, y exijáseles que lo cumplan con sentido y conocimiento nacionales. Y ya verán cómo el panorama de los éxitos aumenta de firmeza.

Es un leal consejo que dirigimos a nuestros empresarios en nombre del mismo público. En este momento oportuno que les preocupa esto de la propaganda, del reclamo.

Naturalmente que todos los empresarios sin excepción son dueños absolutos de seguirlo o no.

Pero nuestra conciencia de servidores del público queda salvada en ese comienzo y terminación del papel de aconsejantes por delegación.

Escasez de novedades

Fuera de los cines, que luchan por ofrecer a sus habituales sugestivos programas, no se nota en nada que nos hallamos en plena temporada.

Simple y repetidas murmuraciones en los corrillos y tertulias de profesionales y aficionados. Y se concluye todo.

Menos novedades no pueden darse.

Ni más escasez de interés.

Esperemos a despertar de nuestro letargo...

Sin malicia casi

Es lástima que esta gran atención del público por el cine se la lleve completamente la producción extranjera.

¿Dónde están esos directores? ¿En qué lugar se esconden?

¿Y dónde esos actores?

¿Y esos operadores?

¿Y ese capital, antipatriótico y torpe, que desaprovecha esta ocasión única de las películas en español?

Entendámonos: en español, españolas y por españoles. No yanquis o extranjeras en espíritu y tendencia, aunque sí traducidas a nuestro idioma.

¿Dónde se les encuentra a esos imprescindibles elementos?

A los pocos de algún valor que teníamos, ya se sabe en Hollywood. Y al dinero escondido, cobardemente, en sus cajas de seguridad.

¡Quiera la suerte que nuestros mayores contribuyentes se persuadan, al fin, del magnífico negocio que es en la actualidad «contribuir» al desarrollo y consolidación del cine hablado en español, pero en la propia España: no en una falsa sucursal suya perdida en la inmensidad de una potencia imperialista!

Cuatro veces al día

Por la mañana, por la tarde a primera y segunda hora, y por la noche.

Hay días, los de fiesta y domingos, que nuestros cines repiten sus carteleras en esta forma.

Cuatro veces al día.

Ni en los tiempos del teatro triunfador sucedía eso. Tres actuaciones seguidas rendían a la más trabajadora y resistente compañía. Pero las sombras vivas en la pantalla de los actores cineísticos no se cansan nunca...

Señalemos el hecho de las «cuatro veces al día» como la mejor prueba del extraordinario favor del público por el bien llamado arte séptimo y arte de multitudes, ilimitadamente popular.

EL ÚLTIMO

Correo femenino

Confidencias

Apuntes, pequeñas divagaciones, comentarios breves al margen de la vida de ese ser tan pronto sencillo como complicado que denominan mujer, son las siguientes confidencias.

Sugeridas por la realidad no tienen más valor que ese, ni tampoco otra pretensión que el haber sido vividas y nacidas de la vida misma. Alguna quizás parezca absurda o paradójica; mas, ¿no tiene por ventura también la vida mucho de ilógico?

En cada una de esas muchachitas cuyos brazos parecen eternos soportes de la balaustrada del balcón, parece adivinarse, como visto por los rayos X, un corazón que ostenta un rótulo que dice en gruesos caracteres: «Se alquila».

Hay dos recuerdos en el alma de toda mujer que sólo la muerte es capaz de borrar: el del primer beso y el del primer desengaño.

Las lágrimas en la mujer, aun siendo sinceras, sólo son una coquetería más.

Una mirada o una sonrisa es en la mujer lo que una frase galante o un intencionado piropo en el hombre.

La hermosura de una mujer debe estar acompañada de algo de vanidad y orgullo para que resulte realmente atractiva y sea apreciada en su justo grado, ya que la sencillez y la modestia, si bien nos resultan simpáticas, no causan ninguna admiración.

El primer paso hacia el amor está indudablemente en la admiración; por eso es siempre contraproducente humillarse ante la persona que se quiere y, sin embargo, nada más corriente que la humillación cuando se está realmente enamorado.

El amor es en el hombre con frecuencia un episodio más de su vida y, en cambio, en la mujer es casi siempre la vida misma.

En el arte de llevar la conversación estriba el artificio de una conquista, dominar bien el lenguaje, encontrar siempre la frase necesaria, la palabra del momento, es saber adueñarse poco a poco del afecto de una mujer.

Querer pronto y olvidar pronto, qué propio de un hombre; tardar en querer y no olvidar, qué propio de una mujer.

Muchas serán las amarguras de esta vida; pero pocas han de ser comparables a la de una mujer fea que, enamorada en silencio, se ve obligada a consagrar su existencia al eterno sacrificio de un amor imposible, y del que ni tan siquiera le es permitido el manifestarlo, ya que el mundo, o sean los demás, lo reírían con despiadada burla.

Amar y querer, aunque lo parezca, no es lo mismo; un hombre podrá querer a varias mujeres, pero amar sólo será a una sola.

Amar y ser correspondido en realidad es

un don del cielo que se otorga muy raramente a los mortales.

Todas las mujeres se creen distintas de las demás; todas se suponen incomprendidas, y ninguna en el fondo se cree coqueta.

Muchas mujeres quizás no sepan que resulta muchas veces más difícil conquistar una mujer de las que se llaman «fáciles», que otra de vida honrada y ordenada.

Las mujeres saben apreciar mejor que nosotros lo que hay de bueno en el corazón del hombre.

El papel de un novio es rendir el corazón de la que ha de ser su esposa; pero después de la boda se invierten los papeles, y es la mujer la que debe conquistar el de su marido en bien de la perfecta armonía de la vida en el hogar.

Cuando realmente se ama resulta muy difícil saber expresarlo bien; por eso las mujeres debieran desconfiar siempre de una declaración «bien hecha».

La verdadera intimidad espiritual con una mujer sólo empieza cuando su posesión ha terminado.

En el alma de toda mujer, por muy excéntrica y modernista que parezca, aunque quiera disimularlo existe siempre un fondo de romanticismo.

Para rendir corazones de mujer hay que dominar unos vicios y saber hacer uso de ellos más o menos encubiertamente; por eso una gran mayoría de los donjuanes sólo son unos «granujas simpáticos».

En el preciso instante que pronunciamos un juramento de amor somos sinceros; unos minutos después quizás ya no.

¿Cuántas veces al besar a una mujer hemos tenido el pensamiento puesto en otra!

En la vida de cada hombre existe una mujer. Averiguarla significa muchas veces dar en la clave de cosas inexplicables.

La mujer que se queja luego de nuestra conducta, suele ser quien nos animó con una mirada o con un gesto a emprender su conquista.

El engaño, cuando se nos obliga a él, no es una mentira.

Cuando la conquista no llega más allá del límite que la caballerosidad impone, se debería disculpar, ya que resulta ser una provechosa lección para la mujer.

Nunca como en el trato con mujeres es tan necesaria la desconfianza y recelo a pesar de tener que disimularlo mucho.

Quien asegura que las mujeres nunca le interesaron es, en el mejor de los casos, un infeliz disfrazado de hipócrita.

Una mujer sabe siempre perdonar; un

hombre podrá olvidar, pero no conceder el perdón.

La ingenuidad y cinismo tienen en la mujer muchos puntos de contacto.

Aquella mujer me habló así cuando yo le expresé mi deseo de hacer algo grande a sus ojos para que comprendiera todo el interés que ella despertaba en mí.

—Algo grande, algún disparate quizás, correr algún riesgo por mí. ¡Bah! Yo no concedo a estas cosas gran importancia; agradecería el interés, no cabe duda, pero no por ello aumentaría mi afecto. Usted comprenderá fácilmente que esas cosas, esos disparates y absurdos que a nada conducen, si no es a satisfacer una estúpida vanidad, son, por regla general, obra de un momento de exaltación, que lo puede tener cualquiera, del que sería capaz de disponer cualquier persona que apenas conociera y que se hubiera enamorado de mí momentáneamente, vamos a suponer eso; de modo que sería capaz de hacer lo mismo por mí que usted a quien conozco ya desde hace algunas semanas.

No, yo aprecio de un modo distinto las cosas, doy más importancia, por ejemplo, al hecho de escoger una novela que sea de mi agrado, que al hacer una de esas cosas grandes, porque lo primero demuestra que saben comprenderme mis gustos, y ello prueba que han sabido conocerlos, cosa no del todo fácil en la mayoría de las personas, máxime tratándose de mujeres. ¿No es cierto? Pues bien: ¿No le parece a usted que eso ya es un primer paso, una garantía, aunque ligera, para que yo comprenda que verdaderamente se está interesado por mí en particular? En cambio, lo otro, no lo haría usted también por otra mujer de la que hubiese estado usted enamorado como dice. ¿Comprende lo que quiero decirle?

—Sí, sí, es cierto—respondí un tanto avergonzado por aquella respuesta tan inesperada y razonada.

Ahora que ha pasado algún tiempo aún pienso en toda la verdad que envolvían las palabras de aquella mujer.

LUIS ANTÓN

Estafeta

Antonio Chela.—*Manresa*.—Son muchos los que desean ser artistas de cine como usted. ¡Pero de quererlo ser a tener aptitudes para serlo!

Cinéfilo.—*Burgos*.—Me parece usted un muchacho bastante listo, y por eso me atrevo a aconsejarle que deseche su idea, absurda por ahora. Se requiere mucho estudio y mucha práctica para llegar a un puesto tan alto como el que usted ambiciona.

I. L.—*Valladolid*.—¿Y qué interés puede tener para usted una tarjeta de nuestro director, dedicada y todo? Acaso tenga usted más de ingenuo que de sinvergüenza, como usted mismo se declara.

Luis Belda.—*Novelda*.—Nosotros hacemos una revista, pero no tenemos estudios—salones que dice usted—cinematográficos y, por lo tanto, no lo podemos contratar. De todas formas le sería a usted más útil ir a la escuela que a un estudio de cine.

Carmen Cachorro.—*Ceuta*.—Nuestra revista no ha solicitado nunca artistas, porque no los necesita. Hacíamos en ella un llamamiento a los artistas españoles—no a los aficionados—para que se dirigiesen a las oficinas de la M.G.M. en Barcelona. No obstante, envíe las fotos que anuncia, y si su cara «dice» algo procuraremos recomendarla.

G. de San Martín.—*Cabañal*.—Mande fotos y si nos es posible la complaceremos.

José Alarcón.—*Málaga*.—Pues no, señor, no sirve usted para artista de cine.

Jesús Martín.—*Madrid*.—¿De veras le interesan mucho los artículos de esa escritora? Pues a nosotros, no.

Lazarina.—*Madrid*.—La dirección que usted desea es: Paramount Studio—5451 Marathon St.—Hollywood 2400—Hollywood (California). Si, es italiano. Mande fotos y veremos de complacerle.

José Espinosa.—*Ceuta*.—Gracias por los elogios. Esa señorita jamás ha sido corresponsal de POPULAR FILM. Publicamos de ella algunos artículos—poquitos—mientras perteneció a la sección de propaganda de una casa americana. Pero su firma, por sí sola, no tiene bastante fuerza para abrirse las planas de nuestra revista, a pesar de la «habilísima» propaganda que hace a su nombre.

Iván el terrible

Primera producción extraordinaria de arte soviético, estrenada con

ÉXITO SENSACIONAL

en

**Rosellón Cinema
Cine Avenida**

“... Me han gustado mucho las escenas finales, reminiscencia de las del principio. Ellas abren y cierran el ojo sobre una historia que parece no tener ni principio ni fin; todo el misticismo de la antigua Rusia de la leyenda.”

(Photo-Ciné.)

“... Con mucha razón puede decirse que esta película se enorgullece de su pura nacionalidad rusa.”

(La Critique Cinematographique.)

“... La técnica de “Iván el Terrible” es notable y no nos cansamos de mirar y entusiasmarlos por la belleza de las escenas que pasan sobre la pantalla. Nada es insignificante. No hay duda que “Iván el Terrible” encontrará en todos los teatros donde desfile, el éxito obtenido en el teatro de los Campos Elíseos.”

(La Semaine Cinematographique.)

“... La técnica de “Iván el Terrible” es absolutamente notable. “Iván el Terrible” es una de las obras más pujantes y más originales que nos ha dado la pantalla.”

(Cinémagazine.)

“... “Iván el Terrible” es el tipo de la película mundial. Une de una manera hábil una intriga

LA PRENSA FRANCESA DICE:

emocionante y dramática a una serie de escenas magníficas y grandiosas y una interpretación excelente, desde los actores principales hasta los comparsas de menos categoría.”

(Mon Film.)

“... “Iván el Terrible” evoca, efectivamente, con rara fuerza la atmósfera trágica y bárbara de la Rusia del siglo XVI.”

(Humanité.)

“Es una película salvaje, pero tan grande, tan bella en su ferocidad, que os domina, que se impone a vuestro espíritu...”

Hay en “Iván el Terrible” novedades asombrosas, pero, ante todo, un realismo tan agudo, tan jovial y tan doloroso, que representa una forma de arte audaz y emocionante.”

(Le Cine de France.)

“El director escénico, aunque haya empleado todos los procedimientos técnicos con entendimiento y con seguridad y que esté muy al corriente de todo, ha sabido guardar la originalidad de su visión en la representación de una

época bárbara, a la cual ha dado su verdadero color. Hay varias escenas donde no se siente el artificio dibujadas a grandes rasgos y transformadas por pequeñas habilidades.”

(Le Petit Parisien.)

“La materialidad del detalle crea ambiente exacto, pero sin brutalidad, de la manera más realista.”

“Iván el Terrible” es una obra muy interesante.”

(Homme Libre.)

“Pocas veces se ve un interés en una película como el que demuestra el público de París por este film ya famoso: “El Zar Iván el Terrible.” Es verdad que esta producción se sale de lo corriente, tanto por su acción como por su representación.”

(Le Petit Parisien.)

“Se nota que la reconstitución escrupulosa del ambiente ha sido dirigida, no sólo por artistas, sino también por entendidos.

La composición y los contrastes, entre blanco y negro, son de una rara perfección.

Nos sobrecoge una angustia. Estas pocas visiones han sido suficientes para hacernos retroceder varios siglos.”

(L'Illustration.)

Cinematográfica Almira

Rambla de Cataluña, 46 - Barcelona - Teléfono 13843

• popular film •

1

MUSEO DE BELLEZAS



Ann Pennington

Actriz de las películas presentadas por Cíneas.

Ayuntamiento de Madrid

¡Qué fenómeno!

está hecho Harold Lloyd,
el simpático y popularísimo
actor de las gafas de carey,
en la chispeante película
que se proyecta en el Coli-
seum, titulada:



¡Qué fenómeno!

La fina comi-
cidad de este
gran actor de
la pantalla ad-
quiere propor-
ciones hilaran-
tes en este
estupendo
film.





Estas escenas de "Aleluya" tienen serenidad de égloga, son como una sinfonía en blanco. Campos de Lousiana, campos albos y suaves como de armiño, floridos de algodón como copos de nieve, de una nieve tibia que alegra y conforta el espíritu de estos hombres negros, sencillos y primitivos, en los que todo se exalta, la fe y la lujuria, el amor y el dolor, la dulzura y la cólera.



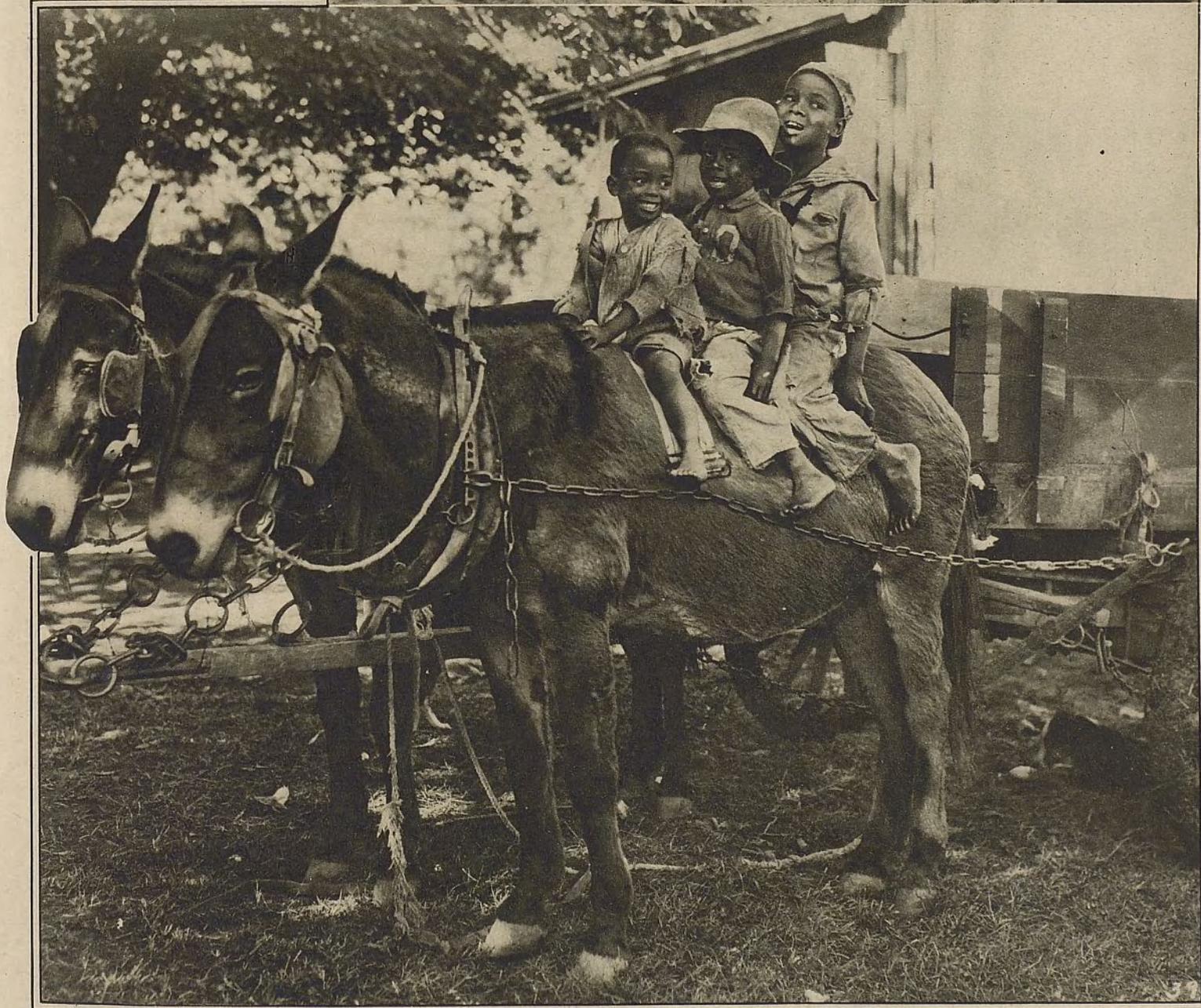
Componen estas escenas el canto más optimista y simple de este maravilloso poema de las sombras, que es "Aleluya", la obra más acabada que nos ha dado hasta ahora el cinema, el film que acusa en King Vidor a un poeta de alta inspiración y a un psicólogo sutilísimo.



Estos tres negritos son los pequeños Johnson, hermanos de Zeque, el que el arrepentimiento llega a convertir en nuevo profeta de de su pueblo.

Los tres rapaces, ayudan ya a sus padres en la faena de la recolección en los campos algodoneros. Son ingenuos, sencillos, rústicos. Saben bailar maravillosamente esas danzas negras — danzas de su raza — que bailan torpemente — como camellos, como simios — en los resplandecientes salones los jóvenes europeos de ambos sexos.

Los niños Johnson son como un rayo de sol negro en el poema de King Vidor.





La caravana de carros repletos de algodón, se pone en marcha. Van hacia el muelle del pueblecito, en el que hay atracado un pequeño barco que espera las balas de algodón que tejerán los grandes telares de las lejanas ciudades, a las que ha llegado la civilización.

El blancor del algodón forma un singular contraste con la piel negra de los mozos que conducen los carros, con los mozos que alegran el largo camino con sus extrañas canciones.



Hay también en "Aleluya" algún rasgo de humorismo, alguna escena finamente cómica. Por ejemplo: la que recogen estas dos fotografías, de la boda de una pareja de negros que después de varios años de íntima convivencia, que ha dado como fruto nueve negritos, deciden normalizar su situación por medio del matrimonio, sirviéndoles de padrino de boda el mayor de sus hijos.



EL POEMA DE LAS SOMBRA

"ALELUYA"

No otra cosa que poema de las sombras puede denominarse a este grandioso film de la Metro-Goldwyn-Mayer, en el que su creador, King Vidor, descubre el alma de la raza negra. Poema en el que riman las imágenes y los sonidos en una armonía perfecta; poema en el que vibra la humanidad entera, a través del espíritu de un pueblo alejado de la civilización occidental.



EZEQUIEL EL NUEVO PROFETA

La muerte violenta de su hermano Spunk, llena de dolor y de arrepentimiento el alma

quiel del poema de King Vidor.

El nuevo profeta consagra su vida a la predicación religiosa. Y va de poblado en poblado can-

gencia de sus adeptos.

Ezequiel es un iluminado. No tiene el misticismo inteligente de santa Teresa. Se parece más que a la santa de Avila, a Juana de Arco, que oía

para poner su imagen en un altar. Es demasiado humano, tiene las plantas harto adheridas a la tierra, hasta cuando predica su fe y eleva los ojos al cielo para aspirar al santoral. Lo humano que hay en este profeta de King

más real, al Rabí de Galilea, que calmó su sed en el cántaro de la Samaritana, que defendió y supo perdonar, por comprenderlos, los pecados de María de Magdala, que al divino Jesús que nos presenta la Iglesia completamente deshumanizado, co-



de Zeke. De ese arrepentimiento, de ese dolor que hace sangrar su espíritu, nacen la fe y el misticismo de Zeke, que se convierte en el profeta Eze-

tando la fe de que se halla poseído, haciéndola parábola mímica para que pueda penetrar en el alma simple, en la tosca inteli-

sus voces interiores. Como la doncella de Orleans, Ezequiel posee un espíritu combativo, impone y defiende su fe a puñetazo limpio si es preciso.

Queremos decir que el profeta negro de «Aleluya» no es una figura de retablo, un santo bueno

Vidor es lo que presta a su figura un realce maravilloso, es lo que le da un valor psicológico extraordinario.

Jesús, aunque más depurado, debió ser así. Preferiremos siempre, por

mo símbolo de una religión no siempre de acuerdo con sus propias doctrinas, llenas de sabiduría y de amor por todos los seres y por todas las cosas. GAZEL

Lea y colecciona el suplemento de la novela

EL PRISIONERO DE ZENDA

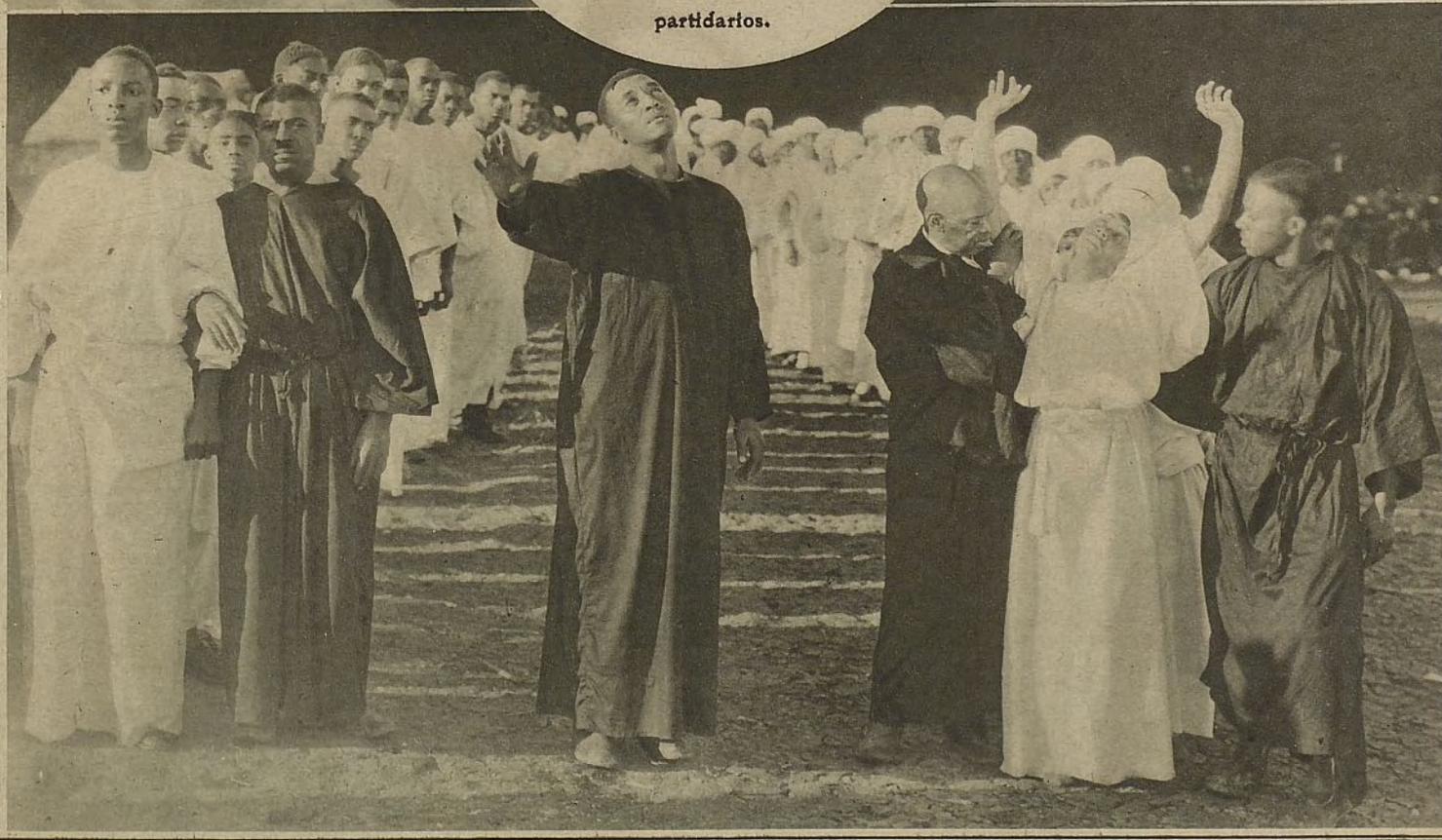
que publica "Popular Film" en forma encuadernable.

Parábolas del profeta negro



Ezequiel,
el profeta de "Aleluya",
explica su doctrina por medio
de parábolas expresivas para lo que
recurre a la mímica. De esta manera, que
a un hombre civilizado puede parecerle burda,
inculca la fe en el espíritu de sus oyentes,
que de otro modo no lo entenderían. Así debió
hablar Jesús a sus discípulos.

En la foto de abajo, vemos a Ezequiel
invitando al bautismo a sus
partidarios.



VIDAS
EXTRAORDINARIAS

(Continuación) pero amplios y limpios corredores del convento, le parecían ahora maravillosos. Temía los días que pasaba con su madre. Servir la comida a las niñas le parecía infinitamente mejor, que comer en la misma mesa con los actores y viajeros tan vulgares que frecuentaban el hotel de su madre.

Los sábados, buscando nuevos trabajos como excusa por su retraso, trataba de quedarse hasta lo

más tarde posible en el convento. La única razón que iluminaba un poco su triste corazoncito, cuando cada semana marchaba a su casa, era la esperanza de encontrarse con su padre. Sabía que él estaba en algún sitio en Kansas City. Y cada último día de la semana, se levantaba con la ilusión de que aquella tarde lo encontraría mientras caminaba hacia el hotel.

Juntos fueron a una botica que había en la esquina, donde su padre compró un helado a la feliz chiquilla. Allí, en medio del barullo, sentada sobre un alto taburete, la pobre Billie desahogó su corazón

en el del único amigo que había conocido en su vida. Y cuando llegó el momento de separarse, en aquella botica, rodeados de gente extraña para quien su tragedia no significaba nada,

ra ello. Desesperada y sin saber qué hacer, la pobre señora tomó por su cuenta un lavadero en uno de los peores barrios de la ciudad. La mera vista del sitio hacía estremecerse de horror a la pobre Billie. Incluso para una muchacha tan joven como ella, aquel sitio no era bueno, y estaba expuesta todo el tiempo a las miradas y frases soeces de los hombres que pasaban el tiempo en las puertas de las tabernas y restaurantes.

Además no había sitio para la niña en el lavadero ni dinero para seguir pagando por su educación, o para alimento y vestidos que una niña como Billie, en la edad del crecimiento, necesitaba imperiosamente.

Medio loca y sin saber

qué hacer, la pobre mistres Cassin trató de encontrar un refugio para su hija.

Al cabo un día, cuando iban a contestar un anuncio del periódico pidiendo una criada en uno de los mejores barrios de la ciudad, pasaron por delante de una casa de piedra marrón, en una de cuyas ventanas había un letrero diciendo: «Se necesita una muchacha». No lo pensaron mucho, porque no se podía perder la ocasión.

Juntas subieron las escaleras y tocaron el timbre. Una hora después Billie había conseguido una colocación en aquel sitio: un colegio de internado y externado para los niños ricos de la vecindad.

Los quehaceres de Billie consistían en lavar y vestir a los niños más pequeños por la mañana, y en acostarlos por la noche. Además tenía que limpiar la casa y arreglar la cena de la familia. A cambio de esto le daban cuarto y comida y podía continuar los estudios más avanzados.

Así empezó para Billie la época más desgraciada y terrible de su vida. Aún hoy día, al hablar de ello, no puede menos de estre-

Joan Crawford
la Venus de Hollywood

mecerse, mientras una sombra de dolor cruza por sus ojos.

Sola y sin amigos, estaba completamente a merced de la mujer que dirigía la institución. Tenía que levantarse de madrugada, y siempre era más de media noche cuando, su último trabajo acabado, podía arrastrar su cuerpo deshecho hasta la obscura bohardilla donde estaba su dura cama. Casi cada día recibía una lluvia de golpes y puntapiés que dejaban su pobre cuerpo hecho un puro cardenal.

Una mañana, enferma y rendida, tenía que bajar al sótano a coger la pala de la basura. Una de las niñas, viendo el esfuerzo que la pobre Billie hacía, apoyándose en la pared para no caer, bajó corriendo y le trajo la pala. Billie estaba dando las gracias agradecida, cuando la di-

rectora, que había visto el incidente, se acercó a las dos muchachas, y cogiendo a Billie por el pelo la arrastró hasta el sótano, dándole una tremenda paliza con el mango de una escoba.

Otra vez, débil por demasiado trabajo y escasez de comida sana y nutritiva, cayó rendida en el suelo de la cocina, quedando allí hecha un ovillo, sin que nadie se preocupase ni siquiera de echar algún abrigo sobre su cuerpecito frío.

La muchacha, desesperada, no sabía qué hacer. No tenía sitio donde ir, excepto los horribles cuartos en el lavadero de su madre. Y no le era posible decidirse a volver a toda aquella inmundicia. La miseria y sufrimientos del colegio eran mil veces mejores.

Sin embargo, llegó un

momento en que ya no pudo resistir más. Una noche, habiendo terminado todo su trabajo, decidió que había llegado la hora de obrar. Sin pensarlo más se escapó por la puerta del sótano. No tenía idea de lo que iba a hacer, ni adónde ir. Tan sólo sabía que quería marcharse de aquella casa e irse lejos, muy lejos...

Vagó por las calles en las sombras de la noche. Un policía la paró y le dijo que no eran horas para que una muchacha pasease sola por la ciudad. Le ordenó que volviese a casa inmediatamente. ¡A casa...! ¡Qué ironía...!

Temblando de miedo y de frío, ya sin valor ninguno, volvió resignadamente al colegio. En la puerta del sótano, para no hacer ruido, se quitó los zapatos y entró de puntillas. Con mucho cuidado empezó a subir la escalera, pero a la mitad, un crujido de la madera, despertando a la directora, la descubrió.

Furiosa la mujer por la escapada, arrastró sin piedad a la muchachita hasta la cocina, pegándole y pisoteándola hasta rendirse.

Desde entonces, cada sábado por la noche, cuando Billie iba a su casa a ver a su madre, hacía la determinación de no volver. Pero después de un día en aquella horrorosa vecindad, no podía decidirse a quedarse y volvía al colegio. Por lo menos allí estaba adquiriendo una educación que en el lavadero nunca hubiera podido obtener. Así que sus labios se cerraban y nunca dijo una palabra a su madre del mal trato que recibía.

Conforme fué creciendo las cosas parecieron mejorar algo. Una vez uno de los muchachos mayores del colegio la invitó a que fuese a bailar con él aquella noche. Como Billie no se atrevía, él mismo fué a pedir permiso a la directora. Con sorpresa inmensa por parte de la chiquilla, la mujer accedió en seguida.

Una de las chicas le ofreció un vestido. Era un traje viejo y descolorido, que en mejores tiempos fué de chiffon azul: tenía, además, un roto debajo del brazo, pero para Billie era algo maravilloso e ideal. Un sueño agradabilísimo, si pensamos que todo el ropero de la muchacha se reducía a dos faldas y un jersey azul.

Con muchísimo cuidado, Billie remendó y planchó su *traje de noche*. Cuando ya vestida se miró en el espejo, descubrió con agradable sorpresa que la imagen reflejada era la de una muchacha muy bonita. No era de extrañar su asombro. Los años llenos de trabajo que había vivido, no dejaron mucho tiempo

para que pudiera preocuparse de su belleza.

La directora del colegio, sentada sobre el borde de la cama de Billie, la observaba silenciosamente mientras hacía el mismo descubrimiento. ¡Realmente era bonita la muchacha!

Desde aquel día no volvieron a pegarle. Billie se había convertido en el orgullo del colegio.

Con un vestido prestado, roto y descolorido, fué Joan a su primer baile. Hoy día, no hace mucho tiempo, recibía al lado de Mary Pickford, en los salones de Pickfair, a invitados que incluían los más famosos personajes del mundo cinematográfico y muchos nobles del otro lado del océano. Joan llevaba un soberbio vestido blanco. Un modelo hecho especialmente para ella por uno de los grandes soberanos de la moda en París. La pequeña Billie que fué a su primer baile con un traje descolorido y viejo de chiffon azul, no pudo, ni aun en sus más atrevidos sueños, imaginar a la bella y elegante mujer en que se iba a convertir en el corto espacio de diez años.

Desde aquel día en adelante Billie fué a muchos bailes. Los muchachos del colegio tenían grandes simpatías por ella. Bailaba maravillosamente y su alegría y animación eran aún mayores que su belleza. Su guardarropa había aumentado con dos trajecitos que la directora había comprado, como gran ganga, en una casa de modas.

El primer premio que Billie ganó en un concurso de baile, una copa de plata, lo obtuvo en el Café Jack O'Lantern de Kansas City. Pocos años des-

pués todos los restaurantes y cafés de Hollywood veíanse representados por sus respectivas copas, que cubrían por completo una mesa en casa de Joan. Y cada una de ellas significaba un nuevo premio por su arte como bailarina.

Volvió a renacer más fuerte que nunca su afición por el baile. Se sentía feliz, tan feliz como en los días ya lejanos del teatrillo de Henry Cassin. Los sitios donde ahora iba a bailar eran tan pobres y vulgares como aquél; pero lo mismo que entonces, la música, alegría, vida y la juventud ocultaban los defectos de los salones de baile.

Acabaron sus días de colegio. Terminados los últimos estudios de las clases más avanzadas, no había excusa para que siguiera allí.

Mistress Cassin se había enterado entretanto de que en el Stevens College, de Columbia (Missouri), daban educación, casa y comida a cambio de los servicios como criada de comedor. Billie tenía gran ilusión por ir allí. Stevens College estaba cerca de la Universidad de Stage, y la Universidad para ella no significaba otra cosa que muchachos, bailes, alegría, vida, felicidad...

Tomaron la decisión. Reuniendo los pocos centavos que constituían la fortuna del lavadero, consiguieron juntar lo suficiente para pagar el billete de Billie hasta Columbia.

Una vez allí su dicha fué inmensa. La popularidad de que había gozado durante su último año en el colegio de Kansas City, no fué nada comparada con la que obtuvo en la

(Continuará)

OROCREMA

JABON DE ALMENDRAS

¡Tantas fórmulas de belleza que usted habrá leído y aun probado, y tan fácil y a mano como tiene una, sencilla, económica e infalible!

El uso constante en el baño y en el tocador, propio y de los suyos, del famoso jabón

OROCREMA

de pasta de almendras, glicerina y aceite de coco.

¡No olvide que se imita!

LOS PERFUMES DE TASARA ALFONSO XII, 11

BADALONA

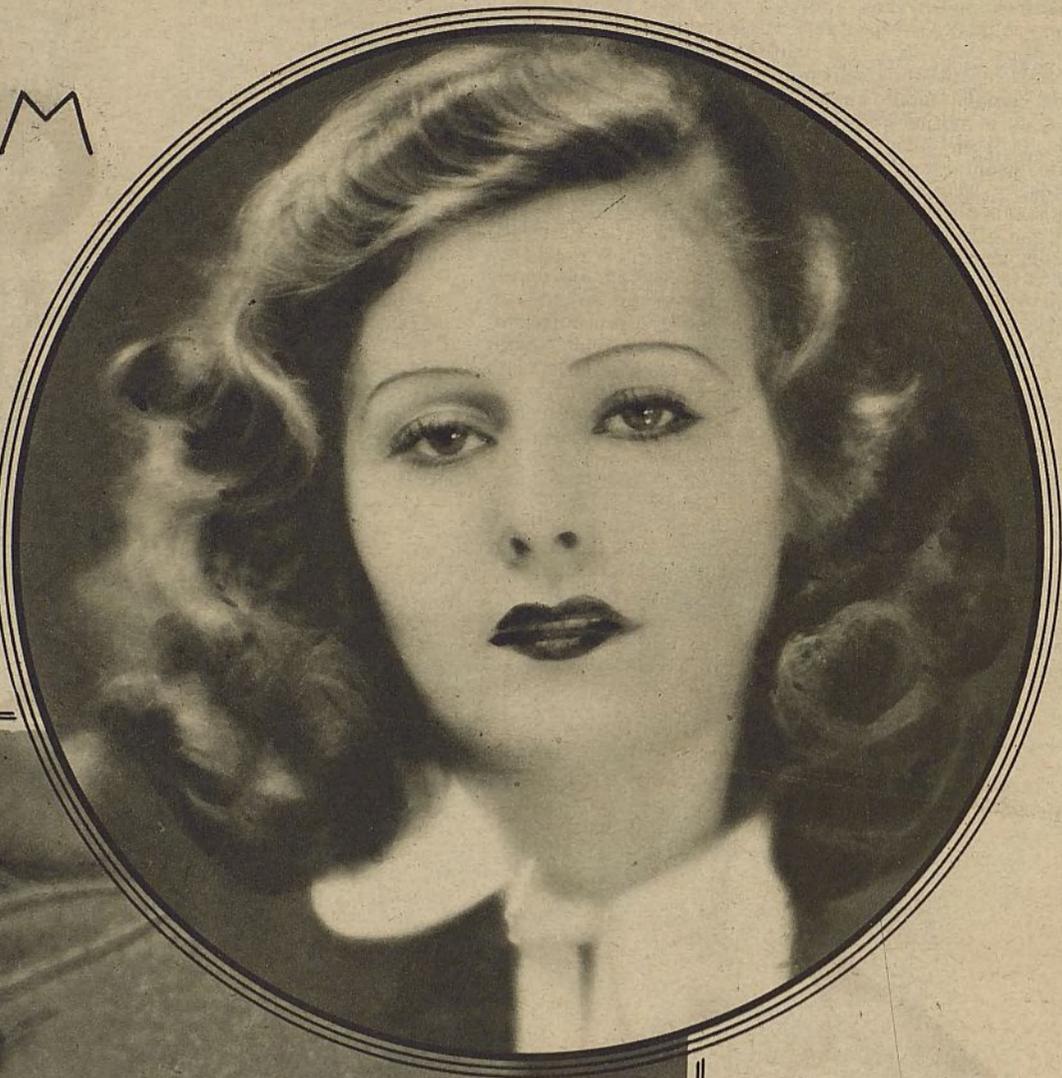


SICVETAS DEL FICM

Lilian Harvey

LILIAN HELEN MURIEL HARVEY nació en Londres el 19 de enero de 1908, cursó sus estudios en el Liceo, y más tarde, por azares de la vida, ingresó en una de las principales academias de baile de la citada ciudad.

Richard Eichberg la descubrió, y desde aquella fecha ha trabajado sin interrupción en el film bajo la dirección del citado director. Su carrera artística empezó con un modesto papel de bailarina en la producción «La maldición», y visto el éxito que obtuvo se le señalaron ya papeles más importan-



tes cada vez en las cintas siguientes: «Pasión», «Los amores de Hella Gilsar», «La terrible Lola», «La casta Susana», «Paternidad inesperada», «Ladronzuela de amor» y «Un punto oscuro».

La fama de esta artista estos últimos tiempos ha traspasado todas las fronteras y es solicitadísima toda producción en la cual ella interviene. «Adiós mascota» y «Si algún día das tu corazón» son las producciones que se presentarán este año en el mercado con la citada artista, y como obra cumbre «El vals del amor», formidable película que encierra la novedad de ser la primera película hablada de Lilian Harvey, y que está obteniendo mundialmente un éxito resonante como jamás lo había tenido producción alguna de esta artista.

Willy Fritsch

Cómo empezó su carrera cinematográfica este actor es imposible saberlo a ciencia cierta... Susúrrase, sin embargo, que, debido a contratiempos que tuvo con su familia (de ilustre abuelo húngaro), decidió emancipar-

se e ingresó en el elenco artístico de la Ufa con tan buena estrella, que al poco tiempo desempeñaba ya los primeros papeles en cintas de categoría.

Es disputadísimo por los directores quienes se precian de encontrar en él distinción y justeza de interpretación como raras veces suele hallarse. Las producciones que ha descollado hasta ahora son incontables, pero recientemente pudimos contemplarlo en «Rapsodia húngara», que se proyectó el año anterior, y esta temporada tendremos ocasión de admirarle en «La mujer en la luna», que ha dirigido Fritz Lang, y de oírle en «El vals del amor» y «Melodía del corazón», cintas éstas que dejará seguramen-

Se le confiaron algunos roles sin importancia antes de concederle el título de primera dama en la obra «Storm».

Actuó en aquella compañía cinco meses en el rol principal de «Storm», y luego en los de «April», «Lavender Ladies», «The constant Nymph» y otras.

Después se dedicó al cine mudo en films rodados en Inglaterra y Suecia, apareciendo en ocho producciones distintas.

En enero de 1930 actuó de protagonista en una película que Adolph Menjou hizo en París con el título de «My Kid of a Father».

Ha aparecido en dos adaptaciones cinematográficas de novelas de Elinor Glynn.

Acababa de terminar su contrato cuando un agente de Al Woods la vió y le oyó leer la parte de «Catherine Barker» en «Farewelle to Arms», y en el mismo instante el agente telegrafió a Al diciéndole que había hallado una joya. Al contestó contratando a la muchacha para que desempeñara el rol en Broadway.

Este contrato dió ocasión a la Fox Movietone de conocer a esta artista y ofrecerle un puesto en sus estudios.



to recuerdo imperecedero en los anales de la cinematografía, que coloca a este actor en uno de los mejores mundiales.

Elissa Landi

Nació en Venecia, Italia, el 6 de diciembre. Se educó en un colegio particular de Inglaterra.

Siempre sintió la atracción de las tablas, y al salir del colegio se agregó a una compañía inglesa que actuaba en Oxford.

Lupe Velez y Edwin Carewe, durante un descanso en la filmación de "Resurrección", posando exclusivamente para "Popular Film".



Edwin Carewe, el gran director, hizo una versión muda con Dolores del Río de "Resurrección", la gran obra de León Tolstói. Ahora, Carewe, está realizando "Resurrección" como film sonoro. Pero su protagonista no es ya Dolores del Río, sino otra mejicana, menuda y ardiente también: Lupe Velez. Lupe Velez hará seguramente una Marlova tan deliciosa, como la que hizo Dolores del Río. Nosotros lo deseamos así, porque Lupita es una lectora de nuestra revista y una actriz inteligente. Lupe Velez en "East is West", de la Universal.



Melodía del corazón

Número de la película Ufa de igual título, interpretada por Dita Parlo y Villy Fritsch, música de Viktor Gartler.

II

The first system of musical notation consists of two staves. The upper staff is in treble clef with a key signature of one sharp (F#) and a common time signature. It contains a series of chords and melodic lines. The lower staff is in bass clef with the same key signature and time signature, providing a harmonic accompaniment with chords and a bass line.

The second system of musical notation continues the piece. It features a repeat sign in the middle of the system. The upper staff has a dynamic marking of 'f' (forte) above the notes. The lower staff continues the accompaniment.

The third system of musical notation shows further development of the melody and accompaniment. The upper staff has several slurs and dynamic markings. The lower staff maintains the harmonic structure.

The fourth system of musical notation continues the piece. The upper staff features a melodic line with some grace notes. The lower staff provides a steady accompaniment.

The fifth system of musical notation includes a dynamic marking of 'ff' (fortissimo) in the lower staff. The upper staff has a 'gliss.' (glissando) marking above a note. The piece is moving towards its conclusion.

The sixth and final system of musical notation on the page. It concludes the piece with a final chord in the upper staff and a bass line in the lower staff. The system ends with a double bar line and repeat dots.

UN FILM DE AVIACIÓN

MIENTRAS que los operadores cinematográficos han recibido muchos elogios por las escenas aéreas del sensacional film «Los ángeles del Infierno», se ha escrito muy poco respecto de los pilotos que hicieron posible esta visión auténtica de la aviación. Es curioso mencionar que doce de los aviadores que participaron en la filmación de esta producción de Howard Hughes han perdido la vida desde el otoño de 1926, fecha en que éste se decidió a producir un film glorificando las hazañas de los aviadores aliados y alemanes en la conflagración mundial.

Dos pilotos y un mecánico perecieron en un choque ocurrido durante el rodaje de la película; los otros nueve perdieron la vida en distintos vuelos no relacionados en nada con «Los ángeles del Infierno».

Aunque parezca tal vez extraño, los dos que murieron durante la filmación no cayeron ante la cámara. El aviador Johnson, por ejemplo, se estrelló a consecuencia de haber tropezado con su aparato con unos cables al intentar aterrizar en Caddo Field, cerca de Van Nuys (California) en el Valle de San Fernando. Otro aviador, C. K. Phillips, se estrelló en el camino de Los Angeles a Oakland en su aparato inglés S. H. 5. Ambos accidentes podían haber ocurrido a cualquier otro piloto. No obstante, un mecánico, Phil Jones, realizó el supremo sacrificio en pro del realismo cinematográfico. Se hallaba en un avión Gotha alemán de bombardeo y no pudo desenredarse durante el ataque que produjo la destrucción del mismo. Se había tomado el mayor cuidado de que los pilotos y sus mecánicos pudiesen salvarse en un paracaídas antes de que su máquina voladora cayese al suelo envuelta en llamas. Las cámaras estaban dispuestas de tal modo, que no impresionaban a los aviadores mientras caían suspendidos de los paracaídas. En todos los casos, exceptuando el del aparato citado de bombardeo, los aviadores resultaron ilesos.

Esto no quiere decir, sin embargo, que a pesar de las precauciones tomadas alguno no escanase con vida sólo por milagro. Un caso de éstos, el más espectacular, ocurrió al perder la hélice el aparato alemán Fokker de Al Wilson cuando volaba por sobre Hollywood, regresando con doce otros pilotos al Caddo Field, después de un emocionante combate sobre el Océano en Redondo (California).

Había estado volando sobre unos densos nubarrones, y la tierra no era, por tanto, visible desde el aparato. Wilson, creyendo que volaba sobre las colinas de Hollywood, tomó su paracaídas y descendió a través de las nubes, mientras el abandonado aparato caía y se estrellaba contra el suelo en el patio posterior de la residencia de mister Joseph M. Schenek en el Boulevard de Hollywood. El aviador aterrizó en el tejado de una casa vecina.

Hubieron también media docena de choques en el aire y bastantes aterrizajes forzosos. En una de estas colisiones los pilotos Ira Reed y Stuard Murphv chocaron a una altura de 1.500 metros durante uno de los combates que se representaban, participando cincuenta aparatos en esta escena.

El piloto Reed, que tripulaba un Fokker alemán, había derribado un «enemigo» y buscaba una segunda «víctima», cuando el piloto Murphv le embistió desde arriba con su aparato inglés. Chocaron los aviones, y Murphv se soltó con su paracaídas, aterrizando sano y salvo, mientras su aparato se destruía contra el suelo.

La pequeña ala derecha del avión de Reed quedó inutilizada y ambas alas derechas quedaron casi arrancadas en el choque. Vaciló un momento, pero no quiso saltar al vacío sin intentar un desesperado esfuerzo para salvar su aparato, cayendo finalmente con éste en un campo sembrado a 40 millas de Oakland; sufrió solamente leves contusiones.

Como que la flota aérea utilizada para «Los ángeles del Infierno» constaba de ochenta y cinco aparatos, había un centenar de pilotos y una brigada de tierra de 150 hombres, los cuales durante un año cobraron su salario,

a pesar de que a veces quedaban inactivos semanas enteras esperando la aparición de nubes sobre Oakland, lugar seleccionado para las principales tomas de vistas.

Debido a que se emplearon muchos modelos anticuados de aviones, éstos requerían una constante atención por parte de los mecánicos para mantenerlos en condiciones de volar. Hughes buscaba la mayor autenticidad posible para su film y se empeñó en que se empleasen los viejos aparatos traídos de Europa.

Ahora que la filmación ha terminado, parece dudoso que nunca más vuelva a reunirse un equipo tan numeroso de pilotos y mecánicos para la realización de una película. Los riesgos que corrieron empiezan ahora a hacer impresión en sus imaginaciones.

Entre los nueve hombres que murieron después hay Ross Coke, que volaba sobre el Océano cerca de Los Angeles cuando chocó con otro aparato. Su cuerpo no ha sido nunca hallado. Los otros ocho son Lyn Hayes, Virgil Cline, G. C. Calahan, M. H. Murphv, Morey Johnson, Burton Lane, George Maves y R. S. McCallister.

LAS BELLEZAS DEL CONGO

ACTUALMENTE en el mundo civilizado el uso de cosméticos costosos para embellecer a las mujeres está decididamente aceptado. Sería absurdo considerar que estas mismas mujeres tan conscientes de su apariencia y esclavas de su belleza, deliberadamente se mutilaran el rostro, borrando de él todos los rasgos de belleza que las hace tan atractivas.

Y esto es lo que hacen las mujeres africanas de la tribu de Uhangí, las cuales se mutilan de tal manera que sus rostros quedan convertidos en verdaderas máscaras de horror, siendo la más afortunada en la operación aquella que ha logrado horrorizarse más. Naturalmente que todo tiene su razón de ser aun estas cosas que nos parecen posible solamente entre salvajes.

Si nos remontamos a los días de la esclavitud cuando el tráfico de mujeres prevalecía en África de manera cruelísima, veremos que los árabes, en bandadas, azotaban aquellas regiones, escogiendo a viva fuerza las muchachas más bonitas de la tribu para llevarlas y venderlas más tarde en sus mercados. Estas muchachas de Sara Kiva Be eran famosas en todo el desierto por su belleza y constituían la mejor presa para los insaciables árabes.

Ahora una palabra sobre las escenas del zepelín. Un funcionario de la casa Zeppelin, de Alemania, actuó de supervisor durante la construcción de la aeronave empleada para la película.

Algunos dudaban de la perfección de este dirigible hasta que se recibieron fotografías de la destrucción del dirigible «R-101», llegadas de Beauvais (Francia). Estas fotografías eran prácticamente la copia de las que reproducían el armazón o esqueleto del dirigible destruido que aparece en «Los ángeles del Infierno».

También es muy realista la escena del aeroplano que se estrella al lado del dirigible, y fué debido a un azar casi milagroso que el piloto pudiese escapar ileso. La reproducción del coche de observación es la del que se usaba sobre Calais, y el combate contra el dirigible es igual al que ocurrió en 1918 durante la guerra en Dover (Inglaterra).

Verdaderamente, «Los ángeles del Infierno» es el film de los aviadores. La llamada «Ancient Order of Quiet Birdmen», una fraternal organización de aviadores famosos, ha reconocido la contribución que el mismo presta a la aviación. Esto solo parece suficiente para satisfacerles.

Cuanto más jóvenes fueran, mejor provecho le sacaban los merodeadores del desierto. Las llevaban regularmente a la edad matrimonial entre los doce y los diez y seis años, pero si las había más pequeñas no se detenían, ya que más tarde sus mujeres árabes las acababan de criar y le sacaban aún más dinero en sus infames ventas.

Los hombres de la tribu Uhangí lucharon desesperadamente para defender a sus mujeres de la voracidad de los árabes, pero todo era inútil por aventajarlos aquéllos en número y medios de pelea.

Por fin, lo único que les sugirió su desesperación fué desfigurar el rostro de sus mujeres, dándoles la más horrible apariencia posible para hacerlas inatractivas a los ladrones.

Así se originó la práctica de mutilación entre las mujeres de Sara Kiva Be.

Mientras que nuestras mujeres aparecen con los labios discretamente colorados y hermoseado el rostro por preparaciones científicas, aquéllas se colocan argollas de madera en los labios inferiores, haciendo que éstos se deformen paulatinamente, llegando a adquirir algunas veces el horrible tamaño de un plato de escudilla.

Cuanto mayor sea la boca de una Uhangí, más éxito ha obtenido en su propósito de desfiguración.

Como es natural, al pasar de los años, y mientras las generaciones se han ido sucediendo, la causa original para estas deformaciones espantosas se ha diluido en el olvido casi total, y ahora, por la fuerza de la costumbre, o porque los gustos se hayan degenerado, los hombres de la tribu Uhangí y otras más que practican este detestable procedimiento, han acabado por encontrar belleza en sus mujeres convertidas en caricaturas de animales, siendo entre ellas la más atractiva aquella que mayor espanto haya estereotipado en su rostro.

Por primera vez la pantalla sonora nos pondrá en contacto con estas mujeres, no solamente viéndolas, sino escuchándolas. En la película «Latidos de África», tomada por el notable explorador Pau L. Hoefler en las selvas sombrías africanas, admiraremos por vez primera la verdadera vida del Congo. Sus tragedias y romances; su rara sensualidad; la sinfonía de la selva, con los raros ritos de sus nativos, y la lucha espantosa entre el hombre y la fiera. El amor primitivo delante de nuestros ojos y las danzas de notable voluptuosidad y ritmo de sus tribus salvajes. «Latidos de África» es la sensacional película africana de la época. Y está sincronizada en español.

Máquinas para coser y bordar



Las de mejor resultado
La célebre rápida

CON BYRD EN EL POLO SUR

Film Paramount con efectos sonoros

Narración de Floyd Gibbons

HACE dos años vivía en los Estados Unidos un hombre que, a pesar de su juventud, había corrido más mundo, experimentado más emociones y adquirido mayores títulos a la gloria que muchos de sus contemporáneos. Era nuestro héroe aventajado de estatura, bien proporcionado de miembros, de constitución robusta. Diestro en los ejercicios físicos, al par que notable en el campo de la inteligencia, parecía la viviente expresión de la máxima de Juvenal que nos enseña que los dos grandes dones que debemos pedir al cielo son la salud del cuerpo y la del alma.

Además de un cuerpo atlético y una inteligencia cultivada, poseía este hombre un corazón animoso y noble, un carácter enérgico y aquella comunicativa simpatía que más que de propósito deliberado de agrandar parece

cio de los que de allí en adelante saldrían a oponérselos en los hostiles e ignotos parajes a que los llevaba el afán más noble de cuantos pueden albergarse en el pecho humano, que es el de las incruentas conquistas donde aparece el hombre en calidad de portaestandarte y soldado de la ciencia.

El termómetro hajó hasta marcar temperaturas inverosímiles. Los huracanes azotaban con furiosas y penetrantes ráfagas a la nave cuando avanzaba, cada vez con mayor trabajo, por entre aguas que, más que tales, eran ya flotante masa de témpanos traidores, cuya creciente presión podía romper de un momento a otro el casco que con tan temerario atrevimiento insistía en abrirse paso por medio de ellos.

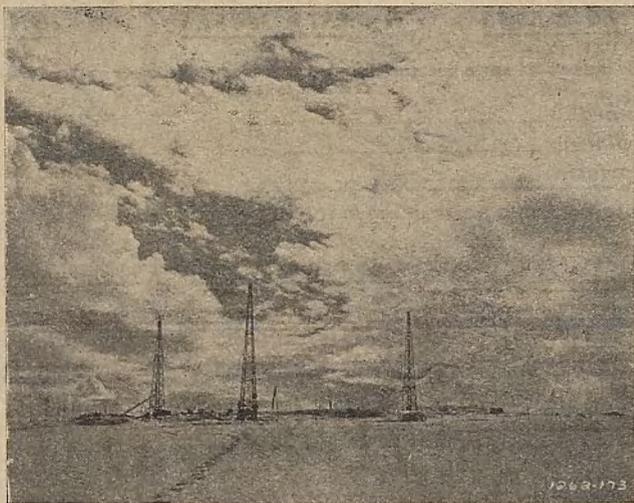
Al cabo, después de verdaderos prodigios de constancia, los navegantes logran arribar

cano; entregados a sus propios recursos, ¡aislados del mundo!

Entonces comienzan a envolverlos las espesas sombras de la noche que durará seis meses. Sumidos en esa obscuridad prolongadísima, el jefe y los demás miembros de la expedición vense precisados a apelar a toda su energía, a echar mano de todo su ingenio, de toda su fortaleza, para no perecer.

El huracán ruge de continuo, azota sin tregua las miserables viviendas que parecen próximas a ceder ante su furia. Con terrible ruido, el hielo sobre el cual se hallan cruje, se resquebraja, ábrese al cabo en monstruosas y descomunales grietas que se les antojan fauces de inverosímiles endriagos prontos a devorarlos...

Así, hora tras hora, día tras día, semana tras semana, esperan, luchan, temen, resis-



dimanara de la secreta superioridad que así conquista la admiración como el cariño de sus semejantes, al que, si sobresale por el talento y las prendas físicas, no se recomienda menos por sus cualidades morales.

Este sujeto privilegiado, no contento con las hazañas ya realizadas, entre las que figuraban un vuelo trasatlántico y otro sobre las heladas y misteriosas soledades del Polo Norte, determinó acometer una nueva y señalada aventura, para hallar término de comparación a la cual hemos de ir a la historia en busca de las llevadas a cabo por Colón, Magallanes, Juan Sebastián Elcano y otros navegantes famosísimos.

Resuelto a ello, no le fué difícil encontrar cincuenta o más hombres tan animosos como él e igualmente dispuestos a arrostrar las incontables penalidades y peligros de la heroica empresa a la que debían servir de teatro los hielos eternos del Polo Sur.

Arreglados que quedaron todos los preliminares y hechos los preparativos, el jefe y sus acompañantes armaron un buque, elegido entre los que por su solidez y buenas condiciones marineras pareció más propio para el objeto a que se le destinaba; y llevando entre otros elementos un par de aeroplanos, diéronse a la mar en demanda de las desconocidas y temerosas regiones australes.

Después de un mes largo de navegación, los argonautas contemporáneos llegaban ya a la región en que parten límites el mundo al que domina y vivifica nuestra civilización y esotro en el que iban a internarse. Los tremedos y al parecer insalvables obstáculos que empezaron a hallar en su ruta eran nun-

al puerto término de sus anhelos. Pero ¡qué puerto! No el que, tras largo y penoso cruce, acoge al cansado marino para ofrecerle comodidades y diversiones que le conforten y le recompensen de las pasadas fatigas. Todo cuanto abarcan los ojos en éste es hielo, monótonos, desolados, inhospitalarios hielos en los que la fantasía parece descubrir los esqueletos de quienes pagaron con la vida el arrojado de intentar la misma aventura que trae a los recién llegados. Porque, como la esfinge de Tebas, la blanca esfinge que guarda el camino del Polo está siempre pronta a clavar sus garras heladas en los que se atreven a aventurarse en el camino que ella custodia.

En un principio, los expedicionarios cuentan sólo con el abrigo que les dan las carpas, insuficiente para resguardarlos del intensísimo frío que, pese a las pieles con que van vestido, les penetra hasta la médula. Mas, poniendo en seguida manos a la obra, trabajan casi sin descanso, con verdadero frenesí, hasta levantar sobre el hielo rudimentarias construcciones que servirán para albergar a la gente y los animales de la expedición y resguardar los dos aeroplanos que sacaron ya del buque.

Terminada esta faena, acomódanse lo mejor que pueden en el campamento situado en las mismas fronteras de lo desconocido. En él resistirán hasta que llegue el momento propicio para lanzarse a la conquista del Polo.

El buque que los ha traído emprende el viaje de regreso. Los deja allí, separados por dos mil trescientas millas de infranqueable distancia del centro de población más cer-

ten heroicamente durante meses enteros en medio de esa noche lóbrega para la cual se creería que no hay aurora. El peligro de verse separados de la tierra firme, navegantes forzados sobre un islote andariego de hielo en licuefacción que les arrastrará al mar que azotan los vientos y surcan fantásticas y temibles ballenas, es constante. ¡La ansiedad, el presentimiento del peligro, es tormento que supera a las mismas penalidades a que se ven sujetos!

Mas al fin, nuncio de horas mejores, empieza el alba a formar horizonte, a teñir el cielo con pálidos matices que acaban por ahuyentar la sombra de esta noche que parecía eterna... ¡Qué emoción tan honda, qué júbilo casi infantil sienten al ver esta claridad los expedicionarios!

Animados de alegría incontenible, gritan, ríen, bailan, se abrazan felicitándose mutuamente. Hasta en los ojos de algunos, causadas tal vez por el recuerdo de los seres queridos cuya lejana imagen surge ahora en la imaginación, asociada a la esperanza del regreso, hay humedad de lágrimas...

A la claridad creciente comienzan a verse espectáculos desusados. Extrañas aves que andan sobre el hielo con grotesco contoneo; figuras fantásticas y sin cesar cambiantes, cuyos contornos se imprecisan en la claridad atenuada aún por los velos evanescentes de las sombras...

Para festejar la vuelta de la luz, algunos de los miembros de la expedición hacen gala de su talento histriónico, organizan en menos de lo que se tarda en decirlo una fun-

ción, «Las Follies del Antártico», que es lo mejor del programa, y durante la cual estos hombres, que al luchar día tras día cara a cara con la muerte, acaban de demostrar valor y constancia sobrehumanos, rien como lo que son... ¡como héroes!

Y después de las explosiones de regocijo, tras el bullicioso esparcimiento, viene el aperecibirse para la grande hazaña. Desentiérranse los aeroplanos, ajústanse los motores, vibran auspiciosamente las hélices. El gallardo jefe de la expedición, valeroso y sereno como un dios antiguo, lánzase hacia el Polo Sur en unión de dos de sus más intrépidos compañeros.

En el corazón de los que ven alejarse a los tres aeronautas brotan estas preguntas, que mueren sin salir de los labios: ¿Volverán del vuelo audacísimo al que acaban de dar comienzo? ¿Es al triunfo, a la gloria de haberse atrevido a intentar la hazaña mayor de los tiempos presentes y de haberla llevado a cabo o a la muerte en ignoradas soledades a lo que se encaminan?

Como si tratase de confirmar tales presentimientos, la Naturaleza misma les da ominoso pábulo. Pocas horas después de la salida, el horizonte, de una lucidez deslumbradora, aparece de súbito borroso y como esfumado. La atmósfera, hasta entonces serena y transparente, se agita y enturbia. Al silencio profundo que reinaba antes, suceden los ruidos de espantosa tempestad, en cuyas alas lívidas dijérase que tornan, con renovada furia, los horrores de la tétrica noche del Polo.

Al cabo de espera en la que cada minuto encierra siglos de incertidumbre y desasosiego, la tempestad amaina; en el cielo, que empieza a aclarar, columbran los expedicionarios un punto que parece moverse y avanzar hacia ellos... ¿Será el aeroplano que con tanta ansiedad aguardan?

El móvil punto se aproxima, se agranda, adquiere contornos... ¡Es el águila de la civilización que, tras de surcar victoriosamente

los incógnitos espacios polares, torna al punto del que emprendiera el maravilloso vuelo! ¡Con qué emoción contempla este puñado de hombres al aeroplano que bajo la experta diestra que lo dirige describe amplio círculo para aterrizar al cabo sobre la espejeante planicie! ¡Qué júbilo, qué frenesí se apodera de todos ellos y les hace prorrumpir en un hurra estruendoso, en tanto lanzan por alto las pesadas gorras de pieles!

Los tres navegantes saltan sanos y salvos del aeroplano. Minutos después el radio, hilo invisible que ha unido a la expedición con el mundo, hace correr de un extremo a otro de la tierra la noticia que a todos alborozó y conmueve: ¡Byrd acaba de volar sobre el Polo Sur!

Porque en todo lo anterior, lector amable, no he hecho más que ir sugiriendo a tu fantasía hechos que, con ser ciertos, superan a los que ella misma, por rica que sea, pudo imaginar nunca. No se trata, aunque lo parezca, de una de esas narraciones fabulosas que oías de niño con tanto deleite; son sucesos, fabulosos en verdad, ocurridos en nues-

tro siglo xx. Sucesos que, para tu deleite y el del mundo entero, ha recogido la Paramount en la insuperable cinta «Con Byrd en el Polo Sur», en la cual podrás ver y admirar y aplaudir al gallardo héroe de que te hablé al principio y a sus valerosísimos compañeros cuando los sigas punto por punto desde que salen en el «City of New York» hasta que tornan victoriosos y satisfechos.

Para que nada falte en esta cinta, verdadera epopeya cinematográfica, acompaña un prólogo hablado en español, así como explicaciones, habladas también en el mismo idioma, y rótulos explicativos que van entrando menudamente al espectador de todo cuanto ve desarrollarse ante sus ojos. Hay, además, una sincronización perfecta que aumenta, con la ilusión auditiva, la que por sí sola causa la vista, que durante la exhibición de esta obra hace que el que la mira se sienta y se crea «Con Byrd en el Polo Sur», tan real y efectivamente como si de cierto le acompañara.

Parafraseando la conocida frase del Vinci, concluiré diciendo que asistir a la exhibición de «Con Byrd en el Polo Sur» es contemplar «una cosa natural vista en un gran espejo».

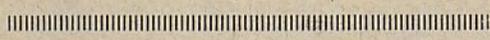
Para
SUSCRIPCIONES
de
POPULAR FILM
dirigirse a
LIBRERÍA
FRANCESA
RAMBLA DEL
CENTRO, 8 y 10
BARCELONA

BOLETÍN DE SUSCRIPCIÓN

D. _____
se suscribe a **POPULAR FILM** por
TRES MESES * **SEIS MESES** * **UN AÑO**
5'75 Ptas. 7 Ptas. 13 Ptas.
cuyo importe les envío por giro postal—les incluyo en sellos de correos (en este caso certificar la carta).
Domicilio **FIRMA:**
Población
Provincia
Observaciones para su envío:
NOTA: Téchense los plazos de suscripción que no convengan.



CUPÓN NUM. **7**



El prisionero de Zenda

Nombre del lector

Domicilio

Dirección

Estos cupones se canjearán por otro definitivo a la terminación de la novela *El prisionero de Zenda*, de la Editorial Iberia, que dará derecho a unas artísticas tapas.



CHANCLOS CAUCHOLINA
PLEGABLES, INDESLIZABLES Y EN VARIEDAD DE COLORES
De venta en Barcelona:
"CAUTXÚ CATALÀ"
Cortes, 615
SUCURSAL
Paseo de Gracia, 127
"PRODUCTOS TUSELL"
Ronda San Pedro, 12
"MADAME X"
Rambla Cataluña, 24

¡Lectora!

Si es usted joven y está dotada de una belleza expresiva tiene usted una magnífica ocasión para llegar a ser

Una Estrella de Cine

Vaya hoy mismo al Estudio fotográfico del notable artista MASANA, Ronda de San Pedro, n.º 3, y le harán un retrato a mitad de precio — pues nuestra revista tiene el gusto de abonar en su obsequio la otra mitad — y lo verá publicado absolutamente gratis a toda plana y en hueco-grabado en

"Popular Film"

que la recomendará a una importante casa extranjera y otra española, editoras de películas con las que nos hemos puesto en combinación para la busca de artistas de cine españolas.

PANTALLAS DE BARCELONA

ÚLTIMOS ESTRENOS

Fémína:

“¡De frente, marchen!”

OTRA película de guerra. Pero vista por el lado cómico, aunque en ciertos momentos no carece de emoción.

Diciendo que es Buster Keaton, el incommensurable Buster Keaton, el héroe de este film de la Metro-Goldwyn-Mayer, queda bien subrayado que alcanza el máximo de gracia y de comicidad de buena ley.

“De frente, marchen” está hablada en español, en mejor español que otras producciones hechas en Hollywood, excepto las frases que dice el protagonista, cuyos defectos de pronunciación refuerzan su comicidad.

Todos los trucos que tiene “De frente, marchen” son legítimos, pero por encima de ellos hay que colocar el trabajo artístico, la vis cómica de Buster Keaton. Su baile apache, es una de las escenas más hilarantes que hemos visto en la pantalla y demuestra de paso, que el célebre actor de la «cara de palo» es un perfecto acróbata y un bailarín excepcional. La corrida de toros es una caricatura acertadísima, llena de humorismo y gracejo.

Podríamos señalar otras muchas escenas llenas de gracia auténtica, pero preferimos resumir este breve comentario crítico afir-

mando que “De frente, marchen” es la mejor película de Buster Keaton y por lo tanto la que tiene mayor grado de comicidad de cuantas hemos visto desde hace mucho tiempo.

Conchita Montenegro, airosa y excelente actriz y Romualdo Tirado, cómico de buena cepa, siguen en méritos a Buster Keaton en esta película a la que auguramos larga permanencia en el cartel del Fémína, a juzgar por el enorme éxito de risa que obtuvo la noche de su estreno. GAZEL

Coliseum:

“Con Byrd en el Polo Sur”

LA Paramount quiso recoger la gesta del comandante Byrd en su expedición al Sur. Hizo bien, porque esta cinta documental tiene más interés, belleza y emoción, dramatismo más intenso, que muchos films realizados en los talleres, con todos los trucos escenográficos y avances técnicos con que cuentan hoy los grandes estudios.

No nos atrevemos a juzgar esta película a la ligera, con los apremios de última hora, porque requiere mayor espacio y atención. Basle esta semana como referencia el argumento que publicamos en otra página de este mismo número.

cial, a los rasgos significativos, y gracias también a la ciencia de la expresión rítmica en una serie de imágenes excelentes, sin alargar ni insistir en los efectos—la atmósfera trágica y bárbara de la Rusia del siglo XVI.»

Humanité

«...Me han gustado mucho las escenas finales, reminiscencia de las del principio. Ellas abren y cierran el ojo sobre una historia que parece no tener principio ni fin: todo el misticismo de la antigua Rusia de la leyenda.»

Photo-Ciné

«...Con mucha razón puede decirse que esta película se enorgullece de su pura nacionalidad rusa.»

La Critique Cinematographique

«...La técnica de «Iván el Terrible» es notable y no nos cansamos de mirar y entusiasrnos por la belleza de las escenas que pasan sobre la pantalla. Nada es insignificante: todo fija la atención, todo instruye y coloca esta obra en fila excepcional.

No hay duda que «Iván el Terrible» encontrará en todos los teatros donde desfile el éxito obtenido en el Teatro de los Campos Elíseos.»

La Semaine Cinematographique

Luis Wolheim en “Tempestad”, con John Barrymore

JOHN BARRYMORE y Luis Wolheim, que en el film de actualidad «Sin novedad en el frente», hace gala una vez más de sus notables facultades interpretativas, aparecen juntos en «Tempestad» como dos entrañables amigos. Esta amistad no es exclusivamente una ficción de la pantalla, es real y verdadera. Wolheim cuando acababa de salir de la Cornell University de la cual era profesor, hizo su debut como actor secundando a John Barrymore en la obra teatral «The Jest». En el film de Barrymore «Sherlock Holmes», Wolheim tenía ya un papel de importancia. Después de su gran éxito en la comedia «Hermanos de armas» fué elegido Wolheim para uno de los primeros papeles de «Tempestad» película interpretada, además de Barrymore y Wolheim, por Camila Horn y George Fawcett.

El perfil de Wolheim no tiene ni ha tenido nunca nada de clásico. Es un hombre de gran sensibilidad y aunque su cara haya hecho su fortuna no está muy satisfecho de ella. Su nariz aplastada le valió el papel de protagonista en la obra de Eugene O'Neill «The Hairy Ape» y el de capitán Flag, en la versión teatral de «El precio de la gloria». No obstante, su diario contacto con John Barrymore le hizo envidiar, cuando rodaban «Tempestad», el clásico perfil del ilustre actor y pensó seriamente en mejorar su físico.

NOTICARIO

Enlace

EL domingo último, día 11, contrajo matrimonio en la iglesia de Lesseps, nuestro particular amigo y jefe de Publicidad de la Casa Gaumont, don Antonio Pérez Zamora, con la bella y distinguida señorita, Pilar Gutiérrez Lavallo.

Desearnos a los recién casados eterna luna de miel.

Problema resuelto

SI el fotógrafo Henry Cronjager no fuera el operador más solicitado entre las casas productoras americanas, lo sería después del maravilloso efecto logrado en «Reuniones prohibidas». Victor Halperin, director de la citada producción sonora, en una de las escenas de la misma, para cortar la impresión picaresca de un cuadro subido de color, necesitaba dar la sensación de que la protagonista de la película, caía de espaldas desde el piso cuarenta de un rascacielos. Henry Cronjager resolvió el difícil problema logrando producir un efecto impresionante en la escena que mezclada al grito horribundo de Judith Barrie, la protagonista, se ve caer a una bella mujercita de espaldas, deslizándose por el vacío rozando una pared interminable. Todos los espectadores, críticos, técnicos y profanos en arte cinematográfico confiesan que al contemplar esta escena han sentido vértigo.

Henry Cronjager, ha sido objeto de un homenaje por sus compañeros. No tardaremos en ver su obra maestra programada por Cinematográfica Almira.

“Iván el Terrible”

Juicio de la prensa francesa sobre la primera producción soviética

«...La técnica de «Iván el Terrible» es absolutamente notable. «Iván el Terrible» es una de las obras más pujantes y más originales que nos ha dado la pantalla.»

Cinémagazine

«...«Iván el Terrible» es el tipo de la película mundial. Une de una manera hábil una intriga emocionante y dramática a una serie de escenas magníficas y grandiosas y una interpretación excelente, desde los actores principales hasta los comparsas de menos categoría.»

Mon Film

«...«Iván el Terrible», evoca, efectivamente, con rara fuerza—gracias al cuidado que se ha tenido de no atenerse más que a lo esen-

Este número ha sido visado por la censura

¿Cuál es la más atrayente estrella Cinematográfica?

Difícil la elección. Si se pregunta a los jóvenes, unos se decidirán por Clara Bow, otros por Joan Crawford o Gloria Swanson o Anita Page o quién sabe cuál.

Entre las jóvenes la elección no es menos dudosa. ¿John Gilbert? ¿Eugene O'Brien? ¿Ramón Novarro? ¿Nils Asther?...

¿CUÁL ELEGIRÍA USTED?

Haga su propia selección pidiendo una colección de 10 postales de las estrellas más populares del cine norteamericano (5 pesetas por giro postal) a

CANIDO'S BUREAU
254 Manhattan Avenue - New York

Tocando a su fin la novela

El prisionero de Zenda

que venimos publicando en forma encuadernable, anunciamos a nuestros lectores la inmediata publicación de la segunda parte de esta interesantísima obra de A. Hope, titulada

Ruperto de Hentzau

que contiene episodios realmente emocionantes.

EDICIONES y PUBLICACIONES IBERIA, de Barcelona, nos ha concedido el derecho exclusivo de publicación, tanto de

El prisionero de Zenda

como de su segunda parte

Ruperto de Hentzau

Para encuadernar dichos tomos

Popular Film

regalará a sus lectores unas magníficas tapas.

Un día en los estudios de los Artistas Asociados, mientras se filmaba la mentada producción, Wolheim formuló una pregunta a un amigo; era una pregunta confidencial. Le contestaron que el cirujano que arregló la nariz de Jack Dempsey era un cirujano muy hábil. ¿Su nombre? El doctor W. E. Halsinger. Wolheim decidió visitar este doctor y obtener de él los mismos servicios que prestó al excampeón de boxeo, deseoso de poder interpretar papeles románticos para la pantalla.

Cuando el supervisor de «Tempestad», John W. Considine (hijo) se enteró de la primera visita del actor al modelador de rostros humanos, se encolerizó extraordinariamente. El no había contratado a Luis Wolheim para el rol de protagonista de «El pequeño Lord Fauntleroy», afirmaba, ni tampoco para representar papeles de galán o de bailarín de salón. Wolheim pretendió ser el legítimo propietario de su cara y estar dispuesto a hacer con ella lo que quisiera. No pudo ponerse de acuerdo de ningún modo con mister Considine. El juez Burnell del Tribunal Superior tuvo que entender en el caso, alegando ante él el supervisor de «Tempestad» que había contratado a Wolheim precisamente a causa de su cara que le prestaba una personalidad inconfundible y que no podía tolerar que a causa de una operación quirúrgica esta personalidad desapareciese. La película de Barrymore es una de las más costosas que se han hecho. Wolheim tiene en ella un rol de los más importantes y si su cara era embellecida se hubieran tenido que repetir entonces muchas escenas. El caso hubiera sido análogo al de un boxeador que quedara manco, por ejem-

plo, en vísperas de un combate decisivo para disputar un campeonato.

El punto de vista que expuso Wolheim era naturalmente distinto. «El público tiene la impresión» decía el actor, «de que mi cara es la razón de mis éxitos. Cada vez que necesito un hombre feo para interpretar algún papel, soy yo el elegido. Yo tengo la pretensión de ser un actor y modificando mis rasgos fisiológicos podré librarme de tener que interpretar invariablemente análogos papeles».

El tribunal dictó sentencia prohibiendo a Wolheim que reformase su físico durante la producción de «Tempestad» y el doctor Halsinger fué advertido de que podía solamente practicar a aquél una pequeña operación para permitirle respirar con mayor facilidad.

En su virtud el clásico perfil de John Barrymore, el actor más distinguido de América, no tiene rival en la fisonomía de su íntimo amigo cuyo rostro representa para él la fortuna y a la vez un tormento moral.

El rol de Wolheim en «Tempestad» es el de un soldado rudo, pero de buen corazón, y la belleza que en él muestra es belleza de alma que no está al alcance de ser por ningún médico especialista.

Camila Horn, estrella privilegiada

CAMILA HORN es la única estrella viviente que haya actuado de oponente de Emil Jannings y John Barrymore, y la bella protagonista de «Tempestad», film en el que aparecen también Luis Wolheim, Boris de Tas, Ullrich Haupt y George Fawcett, ha logrado esto solamente en dos años.

Más movimiento y menos palabras en los films parlantes

PAUL STEIN, el conocido director, declara que en las películas parlantes lo primero ha de ser el movimiento y después el diálogo. «Actualmente hay demasiado diálogo y poca acción en los «talkies», dice el hombre que acaba de dirigir a Jeannette MacDonald, Joe Brown, John Garrick y Zasu Pitts, en la producción de Arthur Hammerstein «La novia 66». Cree que «The Virginian» y «Condenados» son buenos «talkies» porque tienen un diálogo breve y un ritmo rápido, y habrían sido dos films excelentes aunque fueran mudos. Así opina el vienés que estudió el arte dramático con el profesor Max Reinhardt.

Siendo un director de películas mudas, el jovial Stein efectuó la transición del silencio al sonido con éxito considerable por medio de las producciones «Her private affair» de Ann Harding, «This Thing Called Love» («Esto que llaman amor») de Constance Bennett y «Una noche romántica» de Lillian Gish.

El éxito de las películas habladas será debido a los escritores como Sidney Howard, Maxwell Anderson, Frederic Lonadale, Luis Bromfield y S. N. Berhan, predice mister Stein. Cada film será la obra de dos escritores especializados: el uno escribirá o delineará la trama, y el otro escribirá el diálogo.

El diálogo no ha hecho mucho para cambiar la técnica cinematográfica, afirmaba Stein. «Ha abierto nuevas posibilidades, naturalmente. Por ejemplo, tomemos una escena en que una joven está sentada en la mesa con dos admiradores suyos. En su conversación parece inclinarse en favor de uno, pero sus piececitos buscan bajo la mesa los pies del otro. Toda la escena puede ser filmada, pues, debajo de la mesa una vez que ha sido establecido el sonido de la voz de cada uno de los personajes».

Stein, fiel a su educación vienés, tiene gran fe en la música como medio de completar los efectos en la pantalla sonora. «La novia 66», dice, tiene un argumento que le proporcionó la ocasión de llevar a la práctica sus teorías. Pretende que en su construcción y desarrollo de la trama, este film constituye una innovación en la técnica. Las canciones de Rudolf Friml que han sido introducidas en la película, declara, forman parte del argumento lo mismo que la acción. Las situaciones llegan a un punto culminante el cual no pue-

de ser sobrepasado por la trama. Entonces es cuando resuena la canción de amor.

Stein no es partidario de ciertos métodos de producción. Abomina del abuso de los ángulos y exagerados efectos de luz. Este sistema de explicar un asunto le parece demasiado concienzudo, demasiado científico, y opina que se hace monótono después de haberlo visto unas pocas veces.

En Hollywood se harán versiones francesas, alemanas y españolas de todas las producciones, con artistas extranjeros, afirma Stein. Como que los mercados extranjeros no garantizan un rendimiento pecuniario suficiente para que las películas se hagan allí, Stein sostiene que los americanos, usando los mismos decorados y equipos productores, pueden hacer llegar las películas parlantes al mundo entero con un exceso de gastos de 50 ó 60 mil dólares solamente.

Acostumbrado al teatro, Stein trata sus producciones cinematográficas del mismo modo que las teatrales. Antes de filmar una escena, la hace ensayar de pies a cabeza por los actores.

Las relaciones de Stein con la escena se remontan a algunos años atrás. Estuvo asociado cuatro años con Max Reinhardt, representó a Shakespeare y entre sus actuaciones en la escena, escribió obras dramáticas y libros. La Ufa le contrató para dirigir películas, algunas de Pola Negri entre ellas. En 1925 Stein fué a los Estados Unidos para trabajar con Warner Brothers. Después de terminar para esta editora los films «My Official Wife» y «The Climbers» firmó un contrato con Pathé para realizar «Some Folks», «Her Private Affair» y «This Thing Called Love». Después de ello Joseph M. Schenck le contrató para dirigir a Lillian Gish en su primera película sonora para los Artistas Asociados, titulada en español «Una noche romántica» y la de Hammerstein «La novia 66».

No deje de leer en «Popular Film» las chispeantes y saladas crónicas de Aurelio Pego, nuestro redactor especial en Nueva York.

Pero en aquel momento no vacilé. ¿Podía acaso? La vida del Rey no dependía de mi decisión? Me erguí y reteniendo el aliento, escogí el sitio donde debía herir y

me da. Tengo miedo cuando me pregunto si obré lealmente. De todos los actos de mi vida es este el que más pena me da. Hoff. Lléve la mano al cinto. Empuñe el cuchillo.

me dio, en quien reconocí, a la primera mirada, a Max Hoff. Lléve la mano al cinto. Empuñe el cuchillo. y me deslicé bajo la tubería hasta que mi cabeza estuvo a medio metro de la del durmiente. Era un mocetón tre-

Entonces me arrodillé sobre el saliente de la muralla da, fuerte, monótona. Dormía. No se rebullía. Escuche. Tenía la respiración acompasa-

Vi un hombre tendido en el fondo de la barca. Tenía junto a sí un fusil, cuyo cañón relucía. Era el centinela. un espacio vacío.

Entonces me incliné procurando entre las tinieblas, a ver bajo el tubo donde, a causa de su curvatura, quedaba sobacos.

Con gran sorpresa di con él. Los cimientos de la fortaleza, avanzando de medio metro, formaban salida y sobre aquella base estaba en pie y el agua me llegaba a los

desenvainarse y con el pie busqué fondo. Miguel la custodia de su invención? ¿El guardián estaría

¿Quién habría en la barca? ¿A quién había confiado semejante al que hace un hombre al volverse.

Una barquilla alargada su proa puntiaguda a lo largo del tubo. Agucé el oído y me pareció oír un leve rumor a aproximarme, cuando vi algo que me contuvo.

Era el famoso tubo que describía un arco de círculo de la rejá al agua. Tenía una longitud de metro y medio y un diámetro de unos cincuenta o sesenta centímetros. Iba

acerqué más. a pesar de las tinieblas, descubrí como una sombra. Me

F. I. P R I S I O N E R O D E Z E N D A

A N T H O N Y H O P E

arma llevaba su espada. Sapt y Fritz acudían. Si llegaban y disparaban, o moría o le era forzoso rendirse.

— ¡Por fin! — repetí.

— ¡Bah! ¡Es el primer galán! — replicó descargando con su espada tan furioso tajo que cortó mi garrote.

Juzgando que la prudencia más elemental me aconsejaba la retirada, me bajé y huí. No me avergüenzo de decirlo.

Ruperto es de la piel del diablo. Mientras me volvía para ver lo que había sido de él, le vi que espoleando el caballo hacia el foso, se arrojó a él entre una lluvia de balas que los míos le disparaban.

Si hubiese habido luna, estaba perdido sin remedio. Gracias a la obscuridad escapó.

— ¡Llévelo el diablo! — gruñó Sapt.

— ¡Qué lástima que sea un tunante! — exclamé.

¿Quiénes son los muertos?

— Lauengram y Frafstein.

Como no podíamos permanecer allí esperando una salida de los del castillo, echamos los muertos al agua y nos marchamos. Tres de los nuestros habían perecido también.

Volvíamos a la quinta sintiendo la pérdida de nuestros compañeros, deplorando la suerte del Rey y con deseos de hacer pagar cara su osadía a Ruperto de Hentzau.

Por mi parte estaba furioso de no haber matado a nadie en la pelea. Sólo podía apuntarme aquella puñalada al corazón de un lacayo dormido. Y me indignaba que el bergante de Ruperto me hubiera tratado de cómico.

CAPÍTULO XV

HABLANDO CON EL DIABLO

Ruritania no es Inglaterra. En Inglaterra la lucha entre el duque Miguel y yo, no hubiera podido prolongarse

ventana nadaba. Avancé con mil precauciones. De pronto, explicó bien la situación del calabozo del Rey, cerca de su Me detuve un instante para recobrar aliento. Si Juan objeto de mi expedición.

Pero no se trataba de eso; no debía perder de vista el ginaba animado, medio achispado.

Me pareció reconocer la de Ruperto Hentzau. Me lo imay de cuando en cuando oía cargadas y rumor de voces.

En la parte nueva del castillo brillaban algunas luces ser visto.

y plantas acáticas, tenía grandes probabilidades de no dado en ceñirme a las viejas paredes cubiertas de musgo no veía a tres metros sobre mi cabeza, y como tenía cut-

Entre, sin hacer ruido, en el agua. Di, nadando, la famosa escalera de Jacob.

Fritz, cogí la cuerda y bajé al foso. Quería ver de cerca la Hecho esto y sin cuidarme de una mirada suplicante de si podía salir de la vaina y cogí el palo con los dientes.

bebí un trago de aguardiente, requeri el cuchillo para ver ató la cuerda que a prevención traía. Me quité las botas, junto al borde del foso se elevaba un árbol al que Sapt

fundo de la fortaleza. lo alto de la colina, donde se abre el foso ancho y pro-

Yo esperaba que Miguel, creyéndome aún enfermo, no Pero hasta entonces no habíamos encontrado a nadie.

silbido debían volar en auxilio nuestro.

ocultos entre la maleza. Sapt llevaba un silbato. Al primer nuestros seis compañeros recibieron orden de aguardarnos, medio kilómetro escaso del castillo, nos detuvimos, y

Cuando llegamos a la orilla de un bosque, situado a oídos, mientras los grandes árboles lloraban y gemían.

y de lluvia nos azotaban la cara y silbaban a nuestros La noche era oscura; ráfagas de viento

A N T H O N Y H O P E

— La cosa se complica.

— Sí, y de tal modo — añadió moviendo su cabeza gris — que creo que de aquí a un año reinará usted aun en Ruritania.

Y abominó de Miguel, renegando de su crueldad y astucia.

Dejé caer la cabeza en la almohada.

— Sólo veo — dije al cabo de unos momentos — dos medios de libertar al Rey. El primero sería la traición de alguno de los servidores del duque.

— Renuncie a ello.

— No; porque el segundo consiste en la intervención del cielo, en un milagro.

CAPÍTULO XIV

SE ACERCA EL MOMENTO DECISIVO

Mi buen pueblo de Ruritania se sorprendiera lo indecible si hubiese oído mi conversación con Juan, pues los partes oficiales decían que había sido gravemente herido en la cacería.

Los boletines que mandaba redactar en presencia mía y que declaraban que *mi estado era grave*, causaron honda agitación en la capital.

Durante ese tiempo ocurrieron tres acontecimientos importantes. En primer lugar, ofendí gravemente a la Facultad de Medicina de Strelsau, no permitiendo que me visitara ninguno de sus miembros, salvo un doctor joven, amigo de Fritz y en quien se podía tener absoluta confianza; en segundo lugar recibí una carta del mariscal Strakencz informándome de que mis órdenes no parecían tener más eficacia que las suyas en el ánimo de la princesa Flavia, que salía con dirección a Tarlenheim escoltada por él, bien a pesar suyo (noticia que me produjo orgullo

precisado a huir, y mi huida arruinara la causa que tenía obligación de defender. Además, no soy un santo, y podrían ocurrir cosas desagradables.

Quizá es el caso más raro que se haya dado en la historia de un país ver al hermano y al *alter ego* del Rey, en una época de paz y en una tranquila ciudad de provincia, entablar una lucha desesperada por la persona y el trono del Rey. Tal fue, en efecto, el combate que se entabó bien pronto entre Zenda y Tartenheim. Cuando recuerdo lo pasado, me parece que entonces fui acometido de un rapto de locura. Sapt me ha dicho que no admita ninguna intervención y que no escuchaba el menor aviso. Y si hubo en Ruritania un despoja, ese fui yo. Nada de cuanto veía me invitaba a la dicha de vivir y se dijo que nada me importaban la vida ni la muerte. Mi existencia era como un viejo traje que se tira sin el menor reparo.

Al principio mis amigos cuidaron de guardar-me, de evitar todo riesgo; trataron de inducirme a no exponer-me; pero cuando advirtieron que estaba decidido a todo, concibieron la idea de que el Destino sería quien fijara el resultado de la pugna y que convenía que me dejaran jugar solo la partida entablada contra el duque Negro.

Al otro día, dejé la mesa donde cenaba en compañía de Flavia y la conduje hasta la puerta de su habitación. Allí le besé la mano, y me despedía deseándole una buena noche, un dichoso despertar, una larga serie de días felices; luego fui a cambiar de traje y salí.

Sapt y Fritz me esperaban, armados, hasta los dientes, montados en buenos caballos y acompañados de seis hombres por todas armas, me había provisto de un buen garrote y de un largo cuchillo.

Dimos un rodeo para no pasar por la ciudad, y al cabo de una hora subíamos la cuesta que lleva al castillo de Zenda.

E L P R I S I O N E R O D E Z E N D A

A N T H O N Y H O P E

júbilo a la vez). Y en tercer lugar, que mi hermano el duque de Strelsau, aun cuando no creía en el accidente de caza, estaba persuadido, por lo que le decían y por mi aparente inacción, de que en realidad no podía emprender ninguna acometida y de que hasta mi existencia peligraba. Esto supe por Juan, en quien me vi forzado a poner mi confianza y que había vuelto a Zenda, donde Ruperto Hentzau mandó darle de latigazos por comprometer el buen nombre del castillo, escapándose por las noches para encontrar a su amada. Esto, que no podía perdonarlo Juan al de Hentzau y la aprobación que dió Miguel al castigo, hicieron más en favor mío que todas mis promesas.

No puedo insistir acerca de la llegada de Flavia. La alegría que sintió al encontrarme en pie y restablecido, cuando me imaginaba luchando con las ansias de la muerte, constituyó para mí un cuadro que no olvidaré nunca, y los reproches que me dirigió deben excusar los medios que empleé para apaciguarlos.

Tenerla junto a mí una vez más aún, era para mí como la estancia en el cielo para el alma de un precito, y tanto más deliciosa cuanto que el juicio es más inevitable. Así me regocijé poder pasar dos días en su compañía. Al terminarlos, el duque de Strelsau organizó una cacería. Se aproximaba el momento decisivo.

Sapt y yo, después de largas vacilaciones, habíamos resuelto intentar un golpe, animados por lo que nos decía Juan acerca del estado del Rey, anonadado por la pena y el aburrimiento. ¡Pobre Rey! No podía morir siquiera como un soldado, sino que debía consumirse en la paja de un calabozo.

Dos cosas me impulsaban a una decisión: el interés por el Rey y mi propio estado de ánimo.

Pues Strakencz me inducía a casarme con Flavia y mis propias inclinaciones se avenían tan bien con la insistencia del mariscal, que temí dejarme tentar. No creo que hubiese llegado a cometer una deslealtad; pero me viera

alcé el brazo. El desgraciado se agitó, abrió desmesuradamente los ojos, me miró asustado. Buscó el fusil.

Entonces le herí. Al mismo tiempo, una canción de amor llegó a mis oídos desde la orilla opuesta.

Sin cuidarme más del cadáver, me dirigí hacia la escalera de Jacob. Volaba el tiempo y debía aprovecharlo. Podían venir a relajar al centinela y en tal caso cundiría la alarma. Me incliné sobre el tubo y lo examiné de alto a bajo, desde el agua hasta donde se empotraba o parecía empotrarse en la rejá. Examine luego la parte inferior. Mi respiración se aceleró porque vi luz por un resquicio. Debía provenir de la celda del Rey. Apliqué el hombro al tubo y empujé. El resquicio se ensanchó. Tenía ahora la seguridad de que el tubo no estaba pegado a la pared por su parte inferior.

En aquel instante una voz áspera y mal timbrada decía:

—Puesto que le enoja mi compañía, Señor, voy a decirle. Sólo que, antes de irme, he de adornarle las manos.

Era Detchar. Reconoció su acento inglés.

—¿Quiere usted algo, Señor, antes que me marche? El Rey habló. Era su voz; pero débil, cavernosa y ¡cuán diferente de aquella voz alegre que despertaba los ecos de las montañas!

—Que mi hermano tenga piedad; que me mate. Aquí muero a fuego lento.

—El duque no desea su muerte, Señor—dijo Detchar con ironía—. El día que quisiera hacerle morir tomaría usted este camino para ir al cielo.

Aludía al tubo.

El Rey respondió:

—Estoy en su poder, le ruego que me deje.

Si sus instrucciones se lo permiten, le ruego que me deje.

—Deseo que Vuestra Majestad sueñe con el Paraíso—respondió el miserable.

A N T H O N Y H O P E

E L P R I S I O N E R O D E Z E N D A

Desapareció la luz. Oí ruido de hierros y luego de sollozos, el Rey lloraba. ¿Quién osará burlarse?

No me atreví a hablarle. Si la sorpresa le arrancaba una exclamación, todo podía echarse a perder. De momento había hecho bastante. Debía volver junto a mis amigos y hacer desaparecer el cadáver del centinela. Dejarlo donde estaba equivalía a delatar nuestro intento. Subí a la barquilla. El rumor del viento apagaba el de los remos.

Me dirigí hacia donde me esperaban mis amigos. Acababa de llegar allí, cuando resonó un silbido estridente.

—¡Eh! ¡Max! — gritaban.

Llamé a Sapt en voz baja. La cuerda bajó. La até al cadáver y luego subí yo también.

—Silbe para avisar a nuestros compañeros y no perdamos el tiempo en palabras inútiles.

Mientras dejábamos el cadáver en tierra, tres jinetes que venían del castillo pasaron a escape. Como estábamos a pie y entre la hierba, no nos vieron.

—¡Diablo! ¡No se ve ni para sonarse!—exclamó la voz sonora de Ruperto.

Un minuto después empezó el tiroteo. Yo acudí seguido de Sapt y Fritz.

—¡Adelante! ¡A ellos!

Continuaba oyendo la voz de Ruperto. Un grito y un gemido probaron que el bandido hería.

—Me han matado, Ruperto—dijo una voz apagada. Eran dos contra uno. ¡Escapa!

Yo corrí con el garrote en la mano.

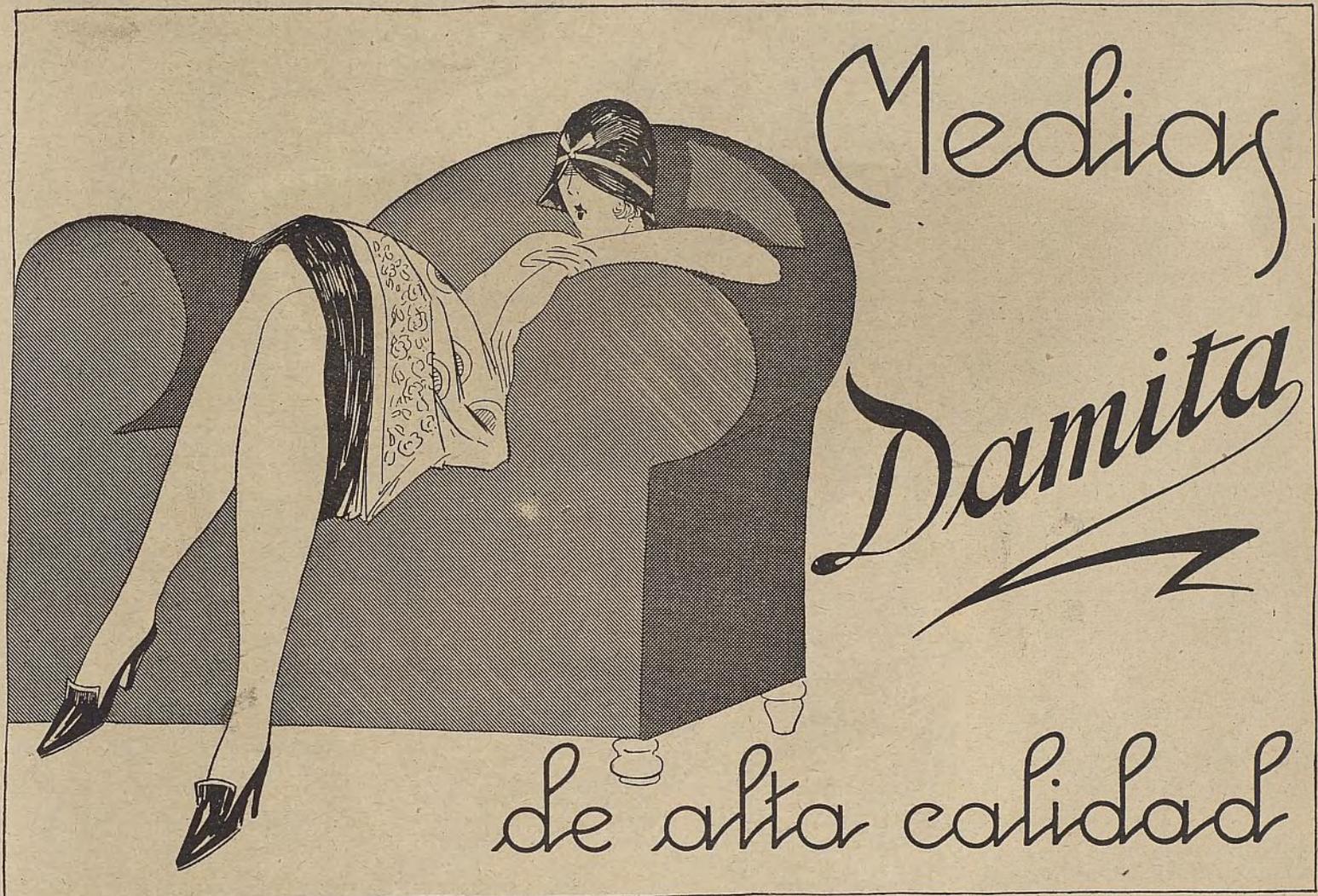
De pronto vi a un hombre que venía hacia mí aplastado sobre su montura.

—¿Te han matado, pobre Krafstein?

Ninguna respuesta. Me lancé a las riendas del caballo. El jinete era Ruperto Hentzau.

—¡Por fin!—exclamé.

Parecía que le teníamos en nuestro poder. Por toda



PUBLICIDAD

La mejor realizada
 es la que se haga en

POPULAR FILM

PELUQUERÍA PARA SEÑORAS

ONDULACIÓN PERMANENTE

Completa 15 Ptas.

Realizada con los mejores aparatos
 modernos, conocidos hasta la fecha

Establecimientos Dalmau Oliveres, S. A.

Ronda San Antonio, n.º 1 (Entrada por la Perfumería) - Teléfono 13754 - BARCELONA





Ayuntamiento de Madrid